

The Project Gutenberg EBook of La nariz de un notario, by Edmond About

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: La nariz de un notario

Author: Edmond About

Translator: Carlos De Pineda

Release Date: August 23, 2008 [EBook #26404]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA NARIZ DE UN NOTARIO ***

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at DP Europe (<http://dp.rastko.net>)

BIBLIOTECA de LA NACION

EDMUNDO ABOUT

LA NARIZ DE UN NOTARIO

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE PINEDA

BUENOS AIRES

1916

Derechos reservados

Imp. de LA NACIÓN.--Buenos Aires

INDICE

I.--El oriente y el occidente se acometen: la sangre corre ya.

II.--La caza del gato.

III.--Donde defiende el notario su pellejo con más éxito.

IV.--Chebachtián Romagné.

V.--Grandeza y decadencia.

VI.--Historia de unas gafas y consecuencias de un catarro nasal.

A M. ALEJANDRO BIXIO

Permitidme, señor, que encabece este humilde trabajo con el nombre
ilustre y querido de un hombre que ha consagrado toda su vida a la causa
del progreso; de un padre que ha ofrecido sus dos hijos a la liberación
de Italia; de un amigo que se ha apresurado a darme una prueba de
simpatía al siguiente día de _Gaetana_.

E. A.

LA NARIZ DE UN NOTARIO

I

EL ORIENTE Y EL OCCIDENTE SE ACOMETEN: LA SANGRE CORRERÁ

Maese Alfredo L'Ambert, antes de recibir el golpe fatal que le obligó a
cambiar de narices, era, sin duda alguna, el notario más notable de
Francia. En la época aquella contaba treinta y dos años; era de elevada
estatura, y poseía unos ojos grandes y rasgados, una frente despejada y
olímpica, y su barba y sus cabellos eran de un rubio admirable. Su nariz
(la parte más prominente de su cuerpo), se retorció majestuosa en forma
de pico de águila. Aunque alguno no me crea, su nítida corbata blanca le
sentaba a maravilla. ¿Era debido esto a que la usaba

a desde su más tierna infancia, o porque se surtía de ellas en alguna tienda afamada? Yo opino que eran ambas razones a un tiempo.

Una cosa es atarse en torno del cuello un pañuelo de bolsillo blanco, hecho una torcida, y otra muy distinta formar, con arte y perfección, un espléndido nudo de inmaculada batista, cuyas puntas iguales, almidonadas sin exceso, se dirigen simétricamente a derecha e izquierda. Una corbata blanca elegida con acierto y anudada con esmero no es un adorno sin gracia; todas las mujeres os dirán lo mismo que yo.

Pero no basta anudársela con maestría y con primor; es preciso, además, saberla llevar; esto es cuestión de práctica. ¿Por qué parecen los obreros tan torpes y desmañados el día que se casan? Porque suelen colocarse para el acto de la boda una corbata blanca sin previa preparación.

Se acostumbra uno en seguida a llevar los más exorbitantes tocados: una corona por ejemplo. El soldado Bonaparte recogió una que el rey de Francia había dejado caer en la plaza de Luis XV: colocóse la él mismo, sin que nadie le hubiese dado lecciones, y Europa declaró que aquel tocado no le sentaba muy mal. Animado por el éxito, no tardó en introducir la moda de las coronas en el círculo de su familia y de sus íntimos. Todos los que le rodeaban se la encasquetaron, o así lo pretendieron por lo menos. Pero este hombre extraordinario no pasó nunca

de ser un porta-corbata mediocre. El vizconde de C
***, autor de varios
poemas en prosa, había estudiado bien la diplomacia
, o sea el arte de
ponerse la corbata con fruto.

Asistió, en 1815, a la revista de nuestro último ej
ército, algunos días
antes de la campaña de Waterloo; y, ¿sabéis lo que
más llamó su atención
en aquella fiesta heroica en que se desbordó el ent
usiasmo desesperado
de un gran pueblo? Que la corbata de Napoleón no es
taba bien anudada.

Pocos hombres, en este terreno pacífico, hubiera po
dido medirse con
maese Alfredo L'Ambert. Se firmaba L'Ambert, y no L
ambert, en virtud de
un acuerdo del Consejo de Estado. El señorito L'Amb
ert, sucesor de su
padre, ejercía de notario por derecho de herencia.
Hacía más de dos
siglos que esta ilustre familia se transmitía, de v
arón en varón, el
estudio de la calle de Verneuil con la más elevada
clientela del
faubourg Saint-Germain.

El cargo no había sido cotizado, toda vez que jamás
había salido de la
familia; pero, a juzgar por los beneficios de los c
inco últimos años, no
era posible evaluarlo en menos de trescientos mil e
scudos. Es decir, que
producía un promedio anual de unas noventa mil libr
as. Desde hacía más
de dos siglos todos los primogénitos de la familia
habían sabido llevar
la corbata blanca con tanta desenvoltura como lleva
n los cuervos sus
mejores plumas negras, los borrachos su amoratada n

ariz, o los poetas
sus raídas vestimentas. Heredero legítimo de un nom
bre y de una fortuna,
el joven Alfredo había mamado en los pechos de su m
adre la elegancia y
distinción, al par que los buenos principios. Despr
eciaba tanto como se
merecen las innovaciones políticas introducidas en
Francia a partir de
la catástrofe de 1879. A su juicio, la nación franc
esa componíase de
tres clases: el clero, la nobleza y el estado llano
. Opinión respetable
y compartida hoy aún por un reducido número de sena
dores. Se colocaba
modestamente a sí mismo en uno de los primeros pues
tos del estado llano,
no sin sustentar ciertas pretensiones secretas de f
ormar con la nobleza.
Sentía un profundo desprecio hacia el grueso de la
nación francesa, ese
hacinamiento de obreros y campesinos que recibe el
nombre de pueblo, o
de vil plebe. Procuraba rozarse con él todo lo meno
s posible, por
respeto a su amable persona, a quien cuidaba y quer
ía con pasión. Sano,
esbelto y vigoroso como un sollo de río, estaba con
vencido de que
aquella gentuza era una especie de morralla creada
por la Providencia
expresamente para nutrir a los señores sollos.

Hombre, por lo demás, agradable, como todos los ego
ístas; estimado en
el Palacio, en el círculo, en la cámara de notarios
, en las conferencias
de San Vicente de Paúl y en la sala de armas; buen
tirador de punta y de
contrapunta; excelente bebedor y amante generoso, m
ientras tenía el
corazón interesado; amigo fiel de los hombres de su

rango; acreedor
bondadoso, mientras cobraba los intereses de su capital; delicado en sus gustos, atildado en el vestir, limpio como un luis de nuevo cuño, y asiduo concurrente los domingos a los oficios de Santo Tomás de Aquino, y los lunes, miércoles y viernes a la Opera: hubier a sido el más perfecto _gentleman_ de su época, así en lo físico como en lo moral, a no ser por una deplorable miopía que le condenaba a usar gafas. ¿Será necesario agregar que sus gafas eran de oro y las más finas, ligeras y elegantes que salieron jamás de los talleres del cebre Mateo Luna, del muelle de los Plateros?

No las llevaba siempre puestas, colocándoselas tan sólo en su despacho, o en casa de sus clientes, cuando tenía que leer alguna escritura. No es necesario decir que los lunes, miércoles y viernes, al entrar en el templo de la danza, tenía muy buen cuidado de desmascarar sus bellos ojos. Ningún cristal biconcavo velaba en semejantes ocasiones, el brillo encantador de sus pupilas. Es muy cierto que no veía a gota, y que saludaba a veces a una figuranta tomándola por una estrella; pero marchaba siempre con el aire resuelto de un Alejandro al entrar en Babilonia. Por eso las muchachas del cuerpo de baile, que se complacen en poner remoquetes a las personas, lo habían bautizado con el sobrenombre de _Vencedor_. Un turco muy grueso, secretario de la embajada de su país, era conocido entre ellas por e

l mote de
Tranquilo; un consejero de Estado se llamaba _Mel
ancólico_; un
secretario general del ministerio de***, muy vivo y
bullidor, era
conocido por _M. Turlu_, y por eso Elisita Champagn
e, conocida también
por Champagne II, recibió el nombre de _Turlurette_
cuando salió de los
corifeos para elevarse al rango de sujeto.

El párrafo precedente va a dar mucho que pensar a m
is lectores de
provincias (si es que tengo la suerte de que este r
elato traspase alguna
vez las fortificaciones de París). Oyendo estoy des
de aquí las miles de
preguntas que dirigen al autor mentalmente. «¿Qué s
e entiende por el
templo de la danza? ¿Y por cuerpo de baile? ¿Y por
estrellas de la
Opera? ¿Y por corifeos? ¿Y por sujetos? ¿Y por figu
rantas? ¿Qué
secretarios generales son esos que se codean con ta
les gentes, a trueque
de que les pongan remoquetes? Y, en fin, ¿por qué e
xtraño azar un hombre
de posición y sólidos principios, como el señorito
Alfredo L'Ambert,
asistía tres veces por semana al templo de la danza
?»

¡Bah, queridos amigos! precisamente porque era un h
ombre de posición y
de sólidos principios. El templo de la danza era, e
n aquellos tiempos,
un amplio salón cuadrado, rodeado de viejas banquet
as de terciopelo
rojo, en el que se daban cita los hombres más disti
nguidos de París. A
él concurrían no solamente los banqueros, los secre
tarios generales y

los consejeros de Estado, sino hasta duques y príncipes, diputados y prefectos, y los senadores más partidarios del poder temporal del Papa; sólo faltaban los prelados. Veíanse en él ministros casados, y hasta los más casados de todos los ministros. Al decir que se veían no quiero significar que los he visto yo mismo; desde luego comprenderéis que los pobres periodistas no entraban en aquel lugar como en el molino. Un ministro tenía en sus manos las llaves de aquel salón de las Hespéridos, y nadie podía penetrar en él sin la venia de Su Excelencia. ¡Por eso tenían que ver las rivalidades, los celos y las intrigas! ¡Cuántos gabinetes han sido derribados bajo los más diversos pretextos, pero, en el fondo, porque todos los hombres de Estado tenían la pretensión de reinar en el templo de la danza! ¡No os imaginéis, sin embargo, que todos estos personajes acudían a aquel lugar atraídos por el cebo de los placeres ilícitos! Su intención se limitaba a fomentar un arte eminentemente aristocrático y político.

El transcurso de los años es posible que haya hecho cambiar todo esto, porque las aventuras del señorito L'Ambert no datan de la semana pasada. No quiere decir esto, sin embargo, que se remonten a ninguna época antidiluviana; pero razones de alta conveniencia impidenme precisar la fecha exacta en que este funcionario ministerial cambió su nariz aguileña por una nariz recta. Por eso he dicho _en aquellos tiempos_,

hablando de una manera vaga como los fabulistas. Contentaos con saber que la acción tiene lugar en cierta época de los anales del mundo, comprendida entre el incendio de Troya por los griegos y el del palacio de estío, de Pekín, por el ejército inglés: dos memorables etapas de la civilización europea.

Un contemporáneo y cliente del señorito L'Ambert, el marqués de Ombremule, decía en el Café Inglés cierta noche:

--Lo que nos distingue del común de los hombres es el fanatismo que sentimos por el baile. La canalla se desvive por la música. Se cansa de aplaudir cuando escucha las óperas de Rossini, de Donizetti y de Auber: diríase que un millón de notas, revueltas en sabrosas ensaladas, tiene un no sé qué que halaga los oídos de esas gentes. Llevan su ridiculez hasta el extremo de cantar ellos mismos, con sus roncas y estridentes voces, y la policía les permite que se reúnan en ciertos anfiteatros para destrozar algunas arias. ¡Buen provecho les haga! En cuanto a mí, jamás me detengo a escuchar una ópera; me contento con mirarla; voy a ver la parte plástica, que es la única que me divierte, y me marcho después. Mi respetable abuela me ha contado que todas las damas encopetadas de su tiempo sólo iban a la Ópera atraídas por el baile, y no regateaban sus aplausos a los bailadores. Nosotros, a nuestra vez, protegemos a las bailarinas: ¡maldito él que piense mal!

La duquesita de Biétry, joven, linda y olvidada, tuvo la debilidad de reprochar a su esposo los hábitos que había aprendido en la Opera:

--¿No os da vergüenza de abandonarme en un palco, con todos vuestros amigos, para correr no sé adónde?

--Señora--respondióle él,--cuando se tienen fundadas esperanzas de lograr una embajada, ¿no es lo más natural que estudiemos la política?

--Convenido; pero creo que habrá en París mejores escuelas para ello.

--Ninguna. Aprended, querida mía, que la danza y la política son hermanas gemelas. El tratar de agradar constantemente, el cortejar al público, y tener siempre el ojo fijo sobre el director de orquesta, y refrenar su propio semblante, y cambiar a cada instante de traje y de color, y saltar de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y volverse con rapidez, y caer nuevamente de pie, y sonreír, en fin, con los ojos llenos de lágrimas, ¿no es, acaso, dicho en pocas palabras, el programa del baile y la política?

La duquesa sonrió, perdonó y se echó un amante.

Los grandes señores, como el duque de Biétry, los hombres de Estado como el barón de F..., los grandes millonarios como el diminuto señor St..., y los simples notarios como el héroe de esta historia, codeábanse en el templo de la danza y entre los bastidores del teatro.

o. Ante la sencillez
e ignorancia de estas ochenta ingenuas que componen
el cuerpo de baile,
son iguales todos ellos. Se les conoce con el nombr
e de abonados, se les
sonríe gratuitamente, se cuchichea con ellos en los
rincones, se aceptan
sus confites, y hasta sus diamantes, como galanterí
as sin consecuencias
y que a nada comprometen a las que los reciben. La
gente se imagina sin
razón que es la Opera un mercado de placeres y una
escuela de
libertinaje. Nada de eso: se encuentran allí virtud
es en mayor número
que en ningún otro teatro de París. ¿Por qué? porqu
e la virtud es allí
más apreciada que en ninguna otra parte.

¿No es cosa interesante el estudiar de cerca este p
equeno pueblo de
jóvenes, casi todas ellas de humildísima procedenci
a, y a quienes el
talento o la belleza pueden elevar en un momento a
las más encumbradas
esferas del arte? Muchachitas de catorce a diez y s
eis años de edad, la
mayor parte de ellas alimentadas con pan seco y con
manzanas verdes en
una buhardilla de obreros o en la garita de un port
ero, vienen al teatro
con vestidos de tartán y con zapatos viejos, y su p
rimer cuidado es
correr a mudarse de traje, sin que nadie pueda nota
rlo. Un cuarto de
hora después, bajan al templo de la danza esplendor
osas, radiantes,
cubiertas de seda, de gasas y de flores, todo a cos
ta del Estado, y más
brillantes que los ángeles, las hadas y las huríes
de nuestros sueños.
Los ministros y los príncipes les besan las manos y

se manchan sus
irreprochables trajes negros con el albayalde que e
llas llevan en los
brazos. Se recitan a sus oídos madrigales nuevos y
viejos que sólo a
veces comprenden. Algunas suelen tener talento natu
ral y da gusto
hablar con ellas. Estas no duran allí mucho tiempo.

Un campanillazo indiscreto llama a las hadas al tea
tro; la muchedumbre
de abonados las acompaña la entrada del escenario,
las retiene y
entretiene detrás de los bastidores móviles. Hay vi
rtuoso de estos que
desafía la caída las decoraciones, las manchas de p
etróleo los quinqués
y los más diversos miasmas por el placer de oír mur
murar a una vocecita
ronca estas encantadoras palabras:

--¡Demonio! ¿Cómo me duelen los pies!

Levántase el telón y las ochenta reinas efímeras ma
riposean gozosas bajo
las ardientes miradas de un público entusiasmado. C
ada una de ellas ve,
o cree adivinar, dos, tres, diez adoradores más o m
enos conocidos.
¡Cuánto disfrutan mientras permanece levantado el t
elón! Se consideran
hermosas, están ataviadas ricamente, ven todos los
gemelos fijos en sus
personas, sienten la admiración que producen y no t
ienen que temer los
silbidos ni la crítica.

Por fin suenan las doce de la noche y cambia la dec
oración como en los
cuentos de hadas. La Cenicienta sube con su hermana
mayor, o con su

madre, hacia las económicas cumbres de Batignolles o de Montmartre. ¡La pobre cojea un poquito! El lodo inmundo salpica sus medias grises. La excelente madre de familia que ha cifrado sus esperanzas todas en esta querida hija, no cesa, durante el camino, de inculcarle sabias máximas de moderación y moral.

--Marcha siempre derecha por el camino de la vida, hija mía--le dice,--¡cuidado con tropezar! Mas si el implacable destino te tiene deparada esa desgracia, ¡cuida mucho de caer sobre un lecho de rosas!

No siempre son escuchados estos prudentes consejos.

A veces el corazón puede más que la cabeza, y se han visto bailarinas casadas con bailadores. Se dan casos de jóvenes, bellas como la Venus de Anadyomene, renunciar a cien mil francos en joyas por unirse ante el altar con un empleado de dos mil. Otras abandonan a la suerte el cuidado de su porvenir y labran la desesperación de sus familias.

Unas esperan a que llegue el 10 de abril para disponer de su corazón, porque se han jurado a sí mismas a ser juiciosas hasta los diez y siete años. Otras encuentran un protector de su gusto y no se atreven a confesárselo: temen la venganza de un consejero refrendario que ha jurado matarla, y suicidarse en seguida, si ama a otro que no sea él.

Claro que lo ha dicho en broma, como podréis comprender; pero en este mundo especial se toman las palabras en serio. ¡Qué supina ignorancia

y sencillez es la de
estas muchachas! Hay quien ha oído disputar a dos j
óvenes de diez y seis
años sobre la nobleza de su origen y la categoría s
ocial de sus
respectivas familias.

--¡Miren la impertinente!--decía la mayor de ellas;
--¡los aretes de su
madre son de plata y los de mi padre de oro!

Maese Alfredo L'Ambert, después de haber andado mar
iposeando mucho
tiempo de la morena a la rubia, había acabado por p
rendarse de una linda
trigueña de ojos azules. La señorita Victorina Tomp
am era honesta, como
se es generalmente en la Opera, hasta que se deja d
e serlo.

Excelentemente educada, por otra parte, era incapaz
de adoptar una
resolución extrema sin antes consultar a sus padres
. De unos seis meses
acá, se veía constantemente asediada muy de cerca p
or el apuesto notario
y por Ayvaz-Bey, el corpulento turco de veinticinco
años de edad, a
quien hemos dicho que designaban con el remoquete d
e _Tranquilo_. Ambos le
habían espetado muy razonados discursos, en los que
su porvenir jugaba
papel importante. La respetable señora Tompain habí
a logrado, sin
embargo, que su hija se conservase en un justo medi
o, esperando que uno
de los rivales se decidiese a plantear el asunto en
forma de negocio. El
turco era un buen muchacho, honrado, decente y tími
do. Esto no obstante,
habló al fin, y fue escuchado.

Todo el mundo tuvo noticia en seguida de este peque

ño contecimiento,
excepto el señorito L'Ambert, que había marchado al
Poitou, con objeto
de asistir al entierro de un tío suyo. Cuando volvi
ó a la Opera, la
señorita Victorina Tompain poseía un brazalete de b
rillantes, unas
dormilonas de brillantes, y un corazón también de b
rillantes, pendiente
de su cuello a manera de araña de salón. Ya hemos d
icho al principio que
el notario era miope; así es que no pudo ver nada d
e lo que debía haber
notado en seguida, ni aun siquiera las sonrisas pic
arescas con que fue
acogido a su entrada. Anduvo dando vueltas de un la
do para otro,
charlando sin cesar alegremente, y deslumbrando a t
odo el mundo, como
siempre, con su proverbial elegancia, esperando con
impaciencia la
terminación del baile y la salida de las jóvenes. H
abíanse cumplido sus
cálculos: el porvenir de la señorita Victorina se h
allaba asegurado,
gracias a su excelente tío de Poitiers, que había t
enido la inmejorable
idea de morirse en el momento más oportuno.

Lo que se conoce en París con el nombre de pasaje d
e la Opera es una red
de galerías más o menos estrechas, más o menos alum
bradas, de muy
diversos niveles, que unen el bulevar, y las calles
Lepeletier, Drouot y
Rossini. Un largo corredor, descubierto en su mayor
parte, se extiende,
desde la calle Drouot a la calle Lepeletier, normal
mente a las galerías
del Barómetro y del Reloj. En su parte más baja, a
dos pasos de la calle
Drouot, ábrese la puerta falsa del teatro, la entra

da nocturna de los
artistas. Cada dos días, a eso de la media noche, una oleada de
trescientas o cuatrocientas personas pasa tumultuosamente ante los ojos
vivarachos del digno papá Monge, conserje de este paraíso. Maquinistas,
comparsas, figurantas, coristas, bailarines y bailarinas, tenores y
sopranos, autores, compositores, administradores y abonados salen juntos
a la calle en confuso torbellino. Los unos bajan hacia la calle Drouot,
los otros suben la escalera que conduce, por una galería descubierta, a
la calle Lepeletier.

A mitad del pasaje descubierta, al extremo de la galería del Barómetro,
Alfredo L'Ambert esperaba fumando un cigarrillo. Diez pasos más allá, un
hombrecillo redondo, con un fez escarlata, aspiraba a intervalos iguales
el humo de un cigarrillo de tabaco turco, del grueso de un dedo.
Alrededor de ellos, más de veinte pisaverdes, unos paseando nerviosos,
otros, con más calma, a pie firme, esperaban igualmente cada uno por su
lado. Y los cantantes atravesaban tarareando, y las sílfides,
arrastrando un poco el pie, pasaban cojeando, y, de minuto en minuto,
una sombra femenina, negra, parda o marrón, deslizábase entre los
escasos mecheros de gas, desconocida para todos, excepto para los ojos
del amor.

Las parejas se reconocen, se abordan y se marchan sin despedirse de los
otros. Pero, ¿qué ocurre? he aquí un ruido extraño

y un tumulto
inusitado. Dos sombras han pasado veloces, dos hom-
bres han corrido, dos
fuegos de cigarro se han aproximado uno a otro; se
han oído dos voces
exaltadas y el estruendo de una rápida querella. Lo
s paseantes se han
amontonado en un punto; mas no han encontrado a nad-
ie. Maese Alfredo
L'Ambert se dirige, completamente solo, hacia su ca-
rruaje, que le
aguarda en el bulevar; y a la luz de un farol lee,
encogiéndose de
hombros, esta tarjeta de visita, salpicada de sangr-
e:

AYVAZ-BEY

SECRETARIO DE LA EMBAJADA OTOMANA

Calle de Granelle Saint-Germain, 100.

Escuchad lo que iba diciendo entre dientes el atild-
ado notario de la
calle de Verneuil:

--¡Maldita aventura! ¡Que me lleve el diablo si sos-
pechaba siquiera que
le hubiese dado derechos a este animal de turco!...
porque, ¡vaya si lo
es!... Pero, ¿por qué no me habré puesto las gafas?
... Parece que le he
pegado un puñetazo en la nariz... Sí, sin duda: su
tarjeta está manchada
de sangre, y mi mano lo está también. Heme aquí fre-
nte a un turco por
una imperdonable torpeza; porque yo no tengo motivo
s para querer mal a
ese pobre muchacho... La chica, por otra parte, me
es del todo

indiferente... ¡Que se la quede en buen hora! ¡Dego llarse dos personas decentes por la señorita Victorina Tompain!... El maldito puñetazo es lo que no tiene arreglo...

Esto decía entre dientes, entre sus treinta y dos dientes más blancos y afilados que los de un lobo. Ordenó a su cochero que se retirase a casa, y se dirigió, a paso lento, hacia el círculo de los Caminos de Hierro. Allí encontró dos amigos y les refirió su aventura. El anciano marqués de Villemaurin, antiguo capitán de la Guardia Real, y el joven Enrique Steimbourg, agente de cambio, juzgaron unánimemente que el puñetazo lo echaba a perder todo.

II

LA CAZA DEL GATO

Un filósofo turco ha dicho:

«No existen puñetazos agradables; pero los puñetazos en la nariz son los más desagradables de todos.»

Y el mismo pensador, añadió con razón en el capítulo siguiente:

«Pegar a un enemigo delante de la mujer a quien ama, es pegarle dos veces: le hieres en el cuerpo y en el alma.»

He aquí por qué el paciente Ayvaz-Bey enrojecía de

cólera mientras
acompañaba a la señorita Tompain y a su madre al pi
so que les había
amueblado. Despidiose de ellas a la puerta, subió c
on rapidez a un
carruaje, y se hizo conducir, derramando abundante
sangre, a casa de su
colega y amigo Ahmed.

Ahmed se hallaba entregado al sueño, bajo la salvag
uardia de un negro
fiel; pero, si bien es verdad que está escrito: «No
despertarás a tu
amigo cuando duerma», escrito está también: «Pero d
espiértale si hay
peligro para él o para ti», y se procedió a despert
ar al buen Ahmed.

Este era un turco de elevada estatura, de unos trei
nta y cinco años de
edad, muy flaco y delicado, con largas piernas arqu
eadas; pero, por lo
demás, un muchacho excelente, dotado de talento nat
ural. Por más que
digan, hay también gentes de mérito entre los turco
s. Cuando descubrió
la cara ensangrentada de su amigo, empezó por hacer
le traer una gran
aljofaina de agua fresca, porque está escrito: «No
deliberes antes de
haber lavado tu sangre: tus pensamientos serían con
fusos e impuros.»

Limpio ya, mas no tranquilo, contó Ayvaz a su amigo
la aventura,
ardiendo en santa cólera. El negro que escuchaba su
relato, ofreciose en
seguida a tomar su _kandjar_, e ir a matar a L'Ambe
rt. Ahmed-Bey le dio
las gracias por sus buenas intenciones, y lo echó a
puntapiés de la
estancia.

--¿Y qué haremos ahora?--preguntó el bueno de Ayvaz;
--¿qué haremos,
amigo mío?

--Una cosa muy sencilla--replicó el interrogado:--mañana por la mañana
le cortaré la nariz. La ley del Talión está escrita:
«Ojo por ojo,
diente por diente, nariz por nariz.»

Advirtióle Ahmed que el Korán era, sin duda alguna,
un buen libro; pero
que estaba ya un poco anticuado. Los principios del
honor han cambiado
desde los tiempos de Mahoma. Aparte de que, aun que
riendo, aplicar la
ley al pie de la letra, Ayvaz sólo tendría que devolver
un puñetazo al
señor L'Ambert.

--¿Con qué derecho le cortarías la nariz si él no te
ha cortado la tuya?

¿Pero quién sería capaz de hacer entrar en razón a
un hombre joven a
quien acaban de apabullar la nariz en presencia de
su amante? Ayvaz
sentía sed de sangre, y Ahmed tuvo que halagarle sus
deseos.

--Sea--le dijo.--Representamos a nuestro país en el
extranjero, y no
debemos recibir una afrenta sin dar una gallarda
prueba de valor. Pero,
¿cómo podrás batirte en duelo con el señor L'Ambert,
con arreglo a la
costumbre de este país? Jamás has manejado una
espada.

--¿Qué haría yo con una espada? Quiero cortarle las
narices, te repito,

y una espada no me serviría para eso...

--Si al menos tirases bien con pistola...

--Pero, ¿estás loco? ¿cómo habría de cortar a ese insolente las narices con una pistola? Yo... ¡Sí, es cosa resuelta! Ve a entrevistarte con él, y concierta el duelo para mañana. ¡Nos batiremos a sable!

--Pero, desdichado, ¿qué harás tú con un sable? No dudo de tu valor, pero te digo, sin que mis palabras te ofendan, que no tienes la fuerza de Pons.

--¡Qué importa eso! Levántate y ve a decirle que tenga a mi disposición su nariz mañana por la mañana.

El prudente Ahmed comprendió que no estaba su amigo para razonamientos, y que tratar de disuadirlo sería en vano. ¿A qué predicar a un sordo que se aferraba a su idea, como al poder temporal los pontífices romanos? Vistiose, pues, Ahmed, y, acompañado del primer intérprete, Osmán-Bey, que acababa de regresar del Círculo Imperial, hízose conducir al hotel del señorito L'Ambert. La hora no podía ser menos oportuna, pero Ayvaz no quería desperdiciar un solo instante.

El dios de las batallas tampoco lo quería; por lo menos, todo induce a creerlo así. En el momento en que el primer secretario iba a llamar a la puerta de maese L'Ambert, tropezose con el enemigo en persona, que

regresaba a pie, conversando con sus dos testigos.

Al divisar el señorito L'Ambert los bonetes encarnados de nuestros dos personajes, comprendió a qué habían venido, saludolos cortésmente y tomó la palabra con cierta altanería, no exenta de distinción.

--Caballeros--les dijo,--como soy el único habitante de este hotel, no temo equivocarme al suponer que me hacéis el honor de venir a mi domicilio. Soy L'Ambert, si me permitís que me presente yo mismo.

Llamó, empujó la puerta, atravesó el patio con sus cuatro acompañantes, y los condujo a su despacho. Allí dieron sus nombres los dos turcos, presentóles el notario a sus amigos, y se alejó para que pudiesen tratar el asunto con entera libertad.

En nuestro país no puede efectuarse ningún duelo sin contar con la voluntad, o por lo menos con el consentimiento, de seis personas. En el caso presente, sin embargo, había cinco que no lo deseaban. Injusto sería decir que el señorito L'Ambert careciese de valor; pero no ignoraba que un duelo semejante, con motivo de una bailarina de la Opera, comprometería gravemente los prestigios de su bien acreditado bufete. El marqués de Villemaurin, anciano refinado y persona competentísima en materias de honor, dijo que el duelo es un acto noble en el que todo, desde el principio hasta el fin de la partida, debe ser

extremadamente correcto. Ahora bien, un puñetazo en la nariz por una señorita Victorina Tompain constituía el más ridículo comienzo que se puede imaginar. Por otra parte, afirmó por su honor, que el señor Alfredo L'Ambert no había visto a Ayvaz-Bey, ni había tenido intención de pegarle a él ni a nadie. El señor L'Ambert había creído reconocer a dos señoras, y se había acercado con viveza a saludarlas.

Al llevarse la mano al sombrero, había dado un fuerte golpe, sin la menor intención, a una persona que venía en sentido opuesto. Se trataba, por lo tanto, de una imperdonable torpeza, de un incidente sencillito, sin la menor importancia, que no pueden jamás constituir una ofensa. Dada la posición social y educación de maese L'Ambert, no podía nadie suponerle capaz de dar un puñetazo a Ayvaz-Bey. Su bien conocida miopía y la semioscuridad del pasaje eran las culpables de todo. En fin, el señor L'Ambert, accediendo a los deseos de sus testigos, estaba dispuesto a declarar, en presencia de Ayvaz-Bey, que lamentaba muy de veras el haberle causado daño de una manera completamente involuntaria.

Este razonamiento, tan justo de por sí, acrecentó la autoridad, por todos reconocida, del orador. Era el señor de Villemaurin uno de esos caballerosos sujetos que parecen haber sido respetados por la muerte para recordarnos los usos de las edades históricas en estos tiempos de

degeneración que atravesamos. Según su fe de bautismo, no contaba nada más que setenta y nueve abriles; pero, por los hábitos y costumbres de su cuerpo y de su espíritu, pertenecía sin duda al siglo xvi. Pensaba, hablaba y obraba como si hubiese servido en el ejército de la Liga y traído a mal traer al Bearnés. Realista convencido y católico austero, era tan implacable en sus odios como apasionado en sus afecciones. Su valor, su lealtad, su rectitud, y su caballerosidad hasta cierto punto exagerada, causaban la admiración de la juventud inconsciente de hoy. Nada le causaba risa, no le gustaban las bromas y le ofendían los chistes por juzgarlos una falta de respeto. Era el menos tolerante, el menos amable y el más honrado de todos los ancianos. Había acompañado a Escocia a Carlos X, después de las jornadas de julio; pero se alejó de Holy-Rood, al cabo de quince días, escandalizado de ver que la corte de Francia no tomaba muy en serio su desgracia. Solicitó la absoluta, y se cortó para siempre los bigotes, que conservó en una especie de joyero, con la siguiente inscripción: _Mis bigotes de la Guardia Real_. Sus subordinados todos, oficiales y soldados, sentían por él gran estima, pero también gran terror. Referíase en secreto que este hombre inflexible había metido en el calabozo a su hijo único, joven militar de veintidós años de edad, por un acto de insubordinación. El muchacho, digno hijo de tal padre, negose resueltamente a ceder, cayó enfermo y

murió en el calabozo. Este nuevo Bruto lloró a su hijo, erigíole una tumba suntuosa, y lo visitó con inconcebible regularidad diez veces por semana, sin olvidar este deber en ninguna época ni edad; pero no se encorvó bajo el peso de sus remordimientos. Marchaba a derecho, erguido; ni la edad ni el dolor habían logrado doblar sus anchas y robustas espaldas.

Era un hombrecillo rechoncho, vigoroso, fiel a todos los ejercicios de su juventud, que tenía más fe en el juego de pelota que en los médicos, para conservar imperturbable salud. A los setenta años habíase casado, en segundas nupcias, con una joven noble y pobre, que le había hecho padre dos veces, y no perdía la esperanza de verse abuelo bien pronto. El amor a la vida, tan poderoso en los viejos de esta edad, sólo medianamente preocupábale, a pesar de ser dichoso en la tierra. Había tenido su último lance de honor a los setenta y dos años, con un bravo coronel de cinco pies y seis pulgadas de estatura, a consecuencia de una cuestión política, según unos, y de celos conyugales, según otros. Cuando un hombre de su rango y su carácter abrazaba la causa de M. L'Ambert, declarando que un duelo entre el notario y Ayvaz-Bey sería inútil, comprometedor y ordinario, la paz parecía firmada de antemano.

Tal fue el parecer de M. Enrique Steimbourg, que no era ni lo bastante joven, ni lo suficientemente curioso para desear a

toda costa el
espectáculo de un duelo; y los dos turcos, hombres
de buen sentido,
aceptaron, de un modo provisional, la reparación qu
e se les ofrecía,
pero pidieron que se les autorizara para ir a consu
ltar con Ayvaz. Los
otros dos, entretanto, esperaron allí mismo que reg
resasen de la
embajada. Eran las cuatro de la madrugada; pero el
marqués no quiso
dormir, pues no se lo permitía su conciencia; estab
a decidido a dejarlo
todo arreglado antes de meterse en la cama.

Empero el terrible Ayvaz, al escuchar las primeras
palabras de
conciliación de sus amigos, sufrió un terrible acce
so de cólera
verdaderamente turca.

--¡Ni que estuviera yo loco!--exclamó, blandiendo e
l chibiquí de jazmín
que le hiciera compañía,--¿Pretenderéis persuadirme
de que he sido yo
quien con la nariz ha dado un golpe en el puño a M.
L'Ambert? Él fue
quien me agredió, y la prueba es que se ofrece a pr
esentarme sus
excusas. ¿Pero a qué tanto hablar? ¿no es sufficient
e prueba la sangre
que he derramado? ¿Puedo acaso olvidar que Victorin
a y su madre han sido
testigos de mi afrenta?... ¡Oh, amigos míos! ¿no me
queda otro remedio
que morir, si no le corto hoy mismo la nariz a mi o
fensor!

De mejor o peor grado, fue preciso reanudar las neg
ociaciones sobre esta
base algo ridícula. Ahmed y el intérprete tenían el
espíritu lo bastante

razonable para vituperar a su amigo, pero poseían también un corazón demasiado caballeresco para abandonarle en la mitad del camino. Si el embajador, Hamza-Bajá, se hubiese encontrado en París, hubiera zanjado la cuestión sin duda alguna, imponiendo su autoridad; pero, desgraciadamente, desempeñaba al mismo tiempo las embajadas de Francia y de Inglaterra, y se hallaba entonces en Londres. Los testigos del bueno de Ayvaz anduvieron yendo y viniendo, entre la calle de Granelle y la de Verneuil, sin lograr que el asunto avanzase lo debido, hasta las siete de la mañana. A esta hora, perdió L'Ambert la paciencia y les dijo a sus testigos:

--¡Ya me está cargando este turco! ¡No contento con haberme birlado a la Tompain, se complace en hacerme pasar la noche en claro! ¡Pues bien, marchemos! Tal vez pudiera creer que tengo miedo de cruzar con él mi acero. Pero marchemos de prisa, si os parece, y tratemos de dejar zanjado el asunto esta misma mañana. Haré enganchar el carruaje en diez minutos, y nos marcharemos a dos leguas de París. Aplicaré a mi turco el correctivo merecido, en menos tiempo del que se tarda en contarlo, y antes que los periodicuchos que viven del escándalo se den cuenta del lance, estaremos de vuelta en mi despacho.

Todavía trató el marqués de oponer una o dos objeciones; pero acabó por confesar que M. L'Ambert se veía obligado a batirse. La insistencia de

Ayvaz-Bey era de pésimo gusto, y merecía una severa lección. Ninguno dudaba de que el belicoso notario, ventajosamente conocido en todas las salas de armas, era la persona elegida por el destino para enseñar a aquel osmanlí la cortesía francesa.

--Amigo mío--decía el anciano Villemaurin a su cliente, dándole palmaditas sobre el hombro,--nuestra situación es excelente, toda vez que tenemos de nuestra parte el derecho. ¡El resto, Dios lo hará! El resultado no es dudoso: poseéis un corazón animoso, y una mano firme y rápida. Acordaos tan sólo de que no debemos tirarnos nunca a fondo; porque el duelo se ha hecho para corregir a los necios, mas no para destruirlos. Sólo los torpes matan a sus adversarios so pretexto de enseñarles a vivir.

La elección de armas correspondía en buen derecho al excelente Ayvaz; pero el notario y sus testigos pusieron mala cara al enterarse de que había escogido el sable.

--Es el arma predilecta de los militares--dijo el marqués,--o el arma de los burgueses que no quieren batirse. Pero, en fin, ¡vaya, si os empeñáis, por el sable!

Los testigos de Ayvaz-Bey mostráronse conformes. Se trajeron dos sables del cuartel del muelle de Orsay, y quedaron citados para las diez de la mañana en la pequeña aldea de Parthenay, situada en el antiguo camino de

Sceaux. Eran las ocho y media.

Todos los parisienses conocen este lindo grupo de docientas casas cuyos habitantes son más ricos, más limpios y más instruidos que la generalidad de los aldeanos. Cultivan la tierra como jardineros, y no como campesinos, y los campos de su término parecen en primavera un pequeño paraíso terrenal. Un prado de fresas floridas se extiende, cual manto argentado, entre un prado de frambuesas y otro de grosellas. Por todas partes se huele el perfume penetrante de la acacia, tan agradable al olfato de los porteros. París adquiere a peso de oro la cosecha de Parthenay, y los bravos campesinos, a quienes veis caminar a paso lento, con una regadera en cada mano, son casi todos pequeños capitalistas.

Comen carne dos veces al día, desprecian la gallina del puchero, y prefieren el pollo asado. Pagan el sueldo de un instituidor y un médico comunal, construyen, sin necesidad de levantar empréstitos, un ayuntamiento y una iglesia, y votan a mi espiritual amigo el doctor Veron, en las elecciones municipales. Sus muchachas son preciosas, si no me es infiel la memoria. El sabio arqueólogo Cubaudet, archivero de la subprefectura de Sceaux, asegura que Parthenay es una colonia griega, y que su nombre se deriva de la palabra _Parthemos_, virgen o mujer joven (expresiones sinónimas entre los pueblos cultos). Pero esta digresión nos aleja del bueno de Ayvaz.

Llegó el primero al lugar de la cita, todavía encolerizado. ¡Con qué furor paseaba por la plaza de la aldea, esperando al enemigo! Ocultaba bajo sus vestidos dos formidable yataganes, de finísimas hojas de Damasco. ¿Qué digo de Damasco? Dos hojas japonesas, de esas que cortan una barra de hierro con igual facilidad que si se tratase de un espárrago, con tal de que sean manejadas por un brazo vigoroso. Ahmed-Bey y el fiel intérprete seguían a su amigo y le daban los más sabios consejos: atacar con prudencia, descubrirse lo menos posible, comenzar la partida con un salto, en fin, cuantas recomendaciones pueden hacerse a un novicio que se presenta por primera vez en la liza, sin haber aprendido a tirar.

--Gracias por vuestros consejos--respondía el obstinado;--pero no necesito tantos requisitos para cortarles las narices a un notario.

El objetivo de su venganza no tardó en aparecer entre dos cristales de gafas, a la puerta de un carruaje. Pero M. L'Ambert no descendió, limitándose a saludar. El marqués echó pie a tierra, y vino a decir a Ahmed-Bey:

--Conozco un sitio excelente, a veinte minutos de aquí; tened la amabilidad de subir nuevamente al carruaje, con vuestros amigos, y seguirnos.

Tomaron los beligerantes un camino transversal, y descendieron a un kilómetro del caserío.

--Señores--dijo el marqués,--podemos ir a pie hasta aquel bosquecillo que allí veis. Los cocheros pueden esperarnos aquí. Nos hemos olvidado de traer con nosotros un médico; pero el lacayo, que he dejado en Parthenay, tiene encargo de traernos el de la localidad.

El cochero del turco era uno de esos merodeadores parisienses que circulan después de media noche bajo un número de contrabando. Ayvaz lo había tomado a la puerta de la señorita Tompain, y no lo había vuelto a dejar. El muy truhán sonrió maliciosamente cuando vio que le mandaban detenerse en medio del campo, y que llevaban sables debajo de las mantas.

--¡Buena suerte, caballero!--le dijo al valiente Ayvaz.--Nada tenéis que temer, porque yo doy la suerte a mis clientes. Aun no hace un año llevé en mi coche a uno que había muerto a su adversario. Por cierto que me dio veinticinco francos de propina, ¡como os lo estoy refiriendo!

--Yo te daré cincuenta--respondióle Ayvaz,--si quiere Dios que realice la venganza que medito.

M. L'Ambert tiraba perfectamente, pero era demasiado conocido en las salas de esgrima de París para haber tenido jamás ninguna ocasión de

batirse. Por eso, en el verdadero terreno del honor
, era tan nuevo como
Ayvaz: se comprende, por lo tanto, que aunque hubie
se vencido en
diferentes asaltos a los maestros y prebostes de va
rios regimientos de
caballería, experimentase una sorda trepidación, qu
e no era miedo, pero
que producía efectos análogos a éste. La conversaci
ón durante el camino
había sido animada: había hecho gala ante sus amigo
s de una alegría
sincera, aunque un poco febril. Había encendido tre
s o cuatro cigarros,
y arrojándolos al poco de empezados. Cuando todos de
scendieron del coche,
marchó él con paso firme, demasiado firme tal vez.
En el fondo de su
alma sentía cierta aprensión completamente viril, c
ompletamente
francesa: desconfiaba de su sistema nervioso, y tem
ía no parecer todo lo
valiente que era.

Parece que las facultades del alma se multiplican e
n los momentos
críticos de la vida. Por eso a M. L'Ambert, a pesar
de hallarse
preocupado en grado sumo con el pequeño drama en qu
e iba a representar
tan importante papel, los objetos más insignificant
es del mundo
exterior, los que hubieran pasado completamente ina
dvertidos para él en
circunstancias ordinarias, atraían y retenían su at
ención con un poder
irresistible. A sus ojos, la naturaleza se hallaba
iluminada por una
nueva luz, más clara, más transparente, más límpida
, más cruda que la
luz apagada del sol. Su preocupación subrayaba, por
decirlo así, todo lo

que sus ojos veían. En una revuelta del sendero, descubrió un gato que caminaba a paso lento por entre dos hileras de grosellas: uno de esos gatos tan comunes en las aldeas, largo, flaco, de piel blanca llena de manchas rojizas; uno de esos animales medio salvajes que a favor de los cuales hacen renuncia sus amos, con una esplendidez nada común, de todos los ratones que atrapan. El que atrajo la atención de L'Ambert había visto, sin duda, que la morada de su dueño no ofrecía ya bastante caza, y buscaba en plena campiña un suplemento a su pitanza. Los ojos del señorito L'Ambert, después de haber errado algún tiempo a la ventura, sintiéronse atraídos y como fascinados por el gesto de aquel gato. Observo atentamente, admiró la flexibilidad de sus músculos, el vigoroso perfil de sus mandíbulas, y creyó hacer un descubrimiento trascendental, digno de un naturalista, observando que el gato es un tigre en miniatura.

--¿Qué diablo miráis en ese punto?--preguntóle el marqués, dándole, con cariño, una palmada en el hombro.

Volvió el notario a la realidad de la vida, y respondió con el tono más desenvuelto del mundo:

--Ese estúpido animal me ha distraído. No podéis imaginaros, marqués, los estragos que estas bestias ocasionan en la caza. Se comen más nidadas que perdigones tiramos nosotros. ¡Si tuviese una escopeta!...

Y acompañando el gesto a la palabra, hizo ademán de echarse la escopeta a la cara, señalando al animal con el dedo. El gato comprendió la intención, dio un salto atrás y fugose, para reaparecer doscientos pasos más lejos, lavándose la cara, entre unas matas de colsa, como si aguardase a los parisienses.

--¿Te has propuesto seguirnos?--exclamó el notario repitiendo la amenaza. La prudentísima bestia huyó de nuevo; pero reapareció a la entrada del claro del bosque donde iban a batirse. M. L'Ambert, con la superstición del jugador que va a exponer una suma importante, quiso ahuyentar aquella bestia maléfica, y le arrojó una piedra; mas, como errase el golpe, el gato trepó a un árbol, y allí se estuvo quedo.

Entretanto, los testigos habían elegido el terreno y echado a suerte los puestos. El mejor tocó a M. L'Ambert. La suerte quiso también que se empleasen sus armas, y no los yataganes japoneses, que tal vez le hubiesen impuesto.

A Ayvaz todo le tenía sin cuidado: cualquier arma era buena para él. Contemplaba la nariz de su enemigo como mira el pescador una trucha apetitosa suspendida del extremo de su caña. Despojose vivamente de la ropa que no consideró indispensable, arrojó sobre la hierba su fez rojo y su levita verde, y se arremangó hasta el codo las mangas de la camisa.

Es de suponer que los turcos más dormidos se despertaron al tintineo de las armas. Aquel grueso muchachote, cuya fisonomía no tenía nada de paternal, pareció transfigurarse. Su rostro se iluminó, sus ojos lanzaron rayos. Tomó un sable de manos del marqués, retrocedió dos pasos, y entonó en idioma turco una improvisación poética que su amigo Osmán-Bey tuvo la amabilidad de anotar y traducirnos:

--Armado estoy para el combate; ¡Dios confunda al malvado que me ofende!
La sangre se lava con sangre. Me heriste con la mano, yo te heriré con el sable. Tu rostro mutilado hará reír a las mujeres hermosas:
Schellosser y Mercier, Thibert y Savile, te volverán la espalda con desprecio. Perderás para siempre el perfume de las rosas de Izmir. ¡Que Mahoma me dé fuerzas, que el valor no tengo que pedirselo a nadie!
¡Hurra! ¡que armado estoy para el combate!

Dicho esto, lanzose sobre su adversario, atacándole en tercia o en cuarta, pues no entiendo una palabra de estas andanzas, ni él, ni su adversario, ni los testigos tampoco. Pero una oleada de sangre brotó de la punta del sable, unas gafas rodaron por el suelo, y el notario sintió aligerada su cabeza del peso de su nariz. Quedábale aún de ella una parte para muestra, mas, tan insignificante, que no merece la pena de que la mencionemos siquiera.

M. L'Ambert se dejó caer de espaldas, y se levantó

otra vez en seguida
para echar a correr, con la cabeza agachada, como un
ciego o como un
loco. En aquel preciso momento, un cuerpo opaco cay
ó desde lo alto de
una encina. Un minuto después, presentose un hombre
cillo enteco, con el
sombrero en la mano, seguido de un lacayo de gran l
ibrea. Era M.
Triquet, médico municipal de Parthenay.

--¡Bien venido seáis, digno señor Triquet! Un ilust
re notario de París
precisa vuestros servicios con urgencia. Colocaos n
uevamente vuestro
grasiento sombrero sobre vuestro cráneo pelado, enj
ugaos las gotas de
sudor que brillan sobre vuestros rojos carrillos, c
omo el rocío sobre
dos peonías en flor, y haceos quitar cuanto antes l
as manchas
relucientes de vuestro respetable traje negro!

Pero el buen hombre estaba demasiado emocionado par
a entrar en funciones
sin demora. Hablaba a tontas y a locas, con voz tem
blorosa y jadeante.

--¡Bondad divina!...--decía.--Dios os guarde, señor
es; reconózcanme como
un nuevo servidor. ¿Acaso está permitido ponerse de
esta manera? ¡Esto
es una mutilación, demasiado bien lo veo! Decididam
ente, ya es tarde
para tratar de reconciliaros: el mal no tiene remed
io, ya está hecho.
¡Ah, señores, señores! ¡la juventud jamás dejará de
ser joven! Yo
también estuve a punto de dejarme arrastrar por el
criminal deseo de
mutilar o destruir a un semejante. Fue en 1820. ¿Y
qué hice, señores

míos? Pues darle toda clase de excusas. De excusas, sí, y me jacto mucho de ello, y con tanto más motivo cuanto que toda la razón estaba de mi parte. ¿No habéis leído, por ventura, las admirables páginas de Rousseau contra el duelo? Son verdaderamente irrefutables: un trozo admirable de crestomatía moral y literaria. Y observad que Rousseau no dijo todavía en este asunto la última palabra. Si hubiese estudiado el cuerpo humano, esta obra maestra de la creación, esta imagen admirable de Dios sobre la tierra, habría demostrado, sin duda, que es gran pecado destruir un conjunto tan perfecto. Y no lo digo, en verdad, por la persona que ha recibido el golpe. ¡Dios me libre de tal cosa! ¡Tendría, sin duda, razones poderosas que respeto! ¡Pero si se supiese cuánto trabajo nos cuesta a los pobrecitos médicos el curar la más insignificante herida! Cierto que de eso vivimos, y de las enfermedades; pero, a pesar de todo, preferiría privarme de muchas cosas y no comer nada más que una tajada de tocino y un trozo de pan moreno, a tener que ser testigo de los sufrimientos del prójimo.

El marqués interrumpió sus clamores.

--Vaya, doctor--le dijo,--que la ocasión no es la más oportuna para filosofar. Este hombre se desangra como un buey, y es preciso, ante todo, tratar de contener la hemorragia.

--Sí, señor--replicó vivamente el medicucho,--¡la hemorragia! esa es la

verdadera palabra. Felizmente, todo lo tengo previsto. He aquí un frasco de agua hemostática, preparada según la fórmula de Brocchieri; yo la prefiero a la de Lechelle.

Y se dirigió, con el frasco en la mano, hacia M. L' Ambert, que se había sentado al pie de un árbol y sangraba con tristeza.

--Caballero--le dijo entre profundas reverencias,-- podéis creerme que lamento sinceramente el no haber tenido el honor de conoceros con ocasión de un acontecimiento menos desagradable que este.

Levantó melancólicamente la cabeza el señorito L' Ambert, y contestole con acento dolorido:

--Doctor, ¿perderé la nariz?

--No, señor, no la perderéis. ¡Válgame Dios, caballero! ¿cómo podríais perderla de nuevo, si la habéis perdido ya?

Y mientras se expresaba de esta suerte, vertía el agua de Brocchieri sobre una compresa.

--¡Cielos!--exclamó de repente,--tengo una idea, caballero. Puedo responderos del órgano tan útil como agradable que acabáis de perder.

--¡Hablad pronto, por favor! Mi fortuna será entera para vos. ¡Ah, doctor! antes que vivir desfigurado de esta suerte, es preferible morir.

--Eso suele decirse... ¡pero vamos a ver! ¿dónde está el trozo de nariz que os han cortado? No soy yo un cirujano de los vuelos de M. Velpeau, o de M. Huguier; pero trataré de hacer volver las cosas a su primitivo estado.

El señorito L'Ambert levantose precipitadamente, y corrió al lugar de la lucha, seguido del marqués y de M. Steimbourg. Los turcos, que se paseaban juntos y cariacontecidos, porque el fuego de Ayvaz-Bey había se extinguido en un segundo, aproximáronse también a sus antiguos enemigos. Hallose sin trabajo el lugar donde los combatientes habían pisoteado la fresca y naciente hierba; recuperáronse las gafas de oro, pero las narices del notario no hubo forma de encontrarlas. En cambio, vieron un gato, el horrible gato blanco con manchas rojizas, que se relamía con placer los labios ensangrentados.

--¡Maldición!--exclamó el marqués, señalando al animal.

Todo el mundo comprendió el gesto y la exclamación.

--¿Será tiempo todavía?--preguntó el notario.

--Tal vez--contestó el médico.

Y todos corrieron hacia el gato. Pero el astuto animal no estaba por dejarse cazar, y corrió a su vez como alma que lleva el diablo a sus talones.

Jamás había visto el pequeño bosque de Parthenay, ni volverá a ver tampoco, una caza semejante. Un marqués, un agente de cambio, tres diplomáticos, un médico de aldea, un lacayo con gran librea y un notario sangrando en su pañuelo, lanzáronse a carrera abierta tras un miserable gato. Corriendo, gritando, arrojándole piedras, ramas secas, y cuantos objetos encontraban al alcance de sus manos, atravesaron los caminos y los claros, y se internaron, bajando la cabeza, en los sitios más espesos del bosque. Ya agrupados, ya dispersos; unas veces escalonados sobre una línea recta, y otras formando círculo alrededor de la bestia; apaleando las malezas, sacudiendo los arbustos, trepando a los árboles, destrozándose el calzado con las raíces y troncos, y dejándose jirones de ropa entre las ramas de los arbustos, arrollábanlo todo como una tempestad; pero el gato endiablado corría más que el viento. En dos ocasiones lograron encerrarlo en un círculo, y otras tantas logró escapar, forzando el cerco. Un momento pareció como rendido de fatiga y de dolor, al caer de costado por querer saltar de un árbol a otro, siguiendo el camino de las ardillas. El lacayo de M. L'Ambert lanzóse veloz sobre él, alcanzólo en pocos saltos y lo agarró por la cola. Pero el tigre en miniatura conquistó su libertad mediante un terrible zarpazo, y escapó fuera del bosque.

Entonces comenzó la persecución a través de la llanura. Si largo era el

camino que llevaban ya recorrido, inmensa era la planicie que, en forma de tablero de ajedrez, se extendía delante de los cazadores y de su codiciada presa.

El calor era sofocante; gruesos nubarrones negros se amontonaban por occidente; el sudor corría copioso por todas las frentes; pero nada fue capaz de detener el furor de aquellos ocho hombres.

M. L'Ambert, lleno todo de sangre, no cesaba de animar a sus compañeros con el gesto y con la voz. Los que nunca han visto a un notario corriendo tras sus narices no podrán hacerse cargo de su ardor. ¡Adiós frambuesas y fresas! Por dondequiera que pasaba el alud, quedaba la cosecha apabullada, destruida, aniquilada; todo eran flores mustias, brotes rotos, ramas tronchadas, tallos pisoteados. Sorprendidos los campesinos por la invasión de aquel azote nunca visto, arrojaban las regaderas, llamaban a sus vecinos, reclamaban el auxilio de los guardias rurales, exigían que les indemnizasen los daños y perjuicios, y lanzábanse en persecución de los cazadores.

¡Victoria! ¡el gato ya está preso! Hase arrojado a un pozo. ¡Cubos! ¡cuerdas! ¡escalas! Todos abrigan la esperanza, la casi seguridad de recuperar las narices del señorito L'Ambert intactas o poco menos. Mas ¡ay! que este pozo no es un pozo como todos los demás. Es la boca de una cantera abandonada cuyas galerías forman una vasta

red de más de diez
leguas, y se extienden en todas direcciones, hallán
dose en comunicación
con las catacumbas de París.

Se pagan sus honorarios a M. Triquet; se abonan a l
os campesinos las
indemnizaciones que exigen, y se emprende el regres
o a Parthenay, bajo
una lluvia torrencial.

Antes de subir al carruaje, Ayvaz-Bey, mojado como
un pato, y ya
recuperada la calma por completo, vino a ofrecer su
mano a M. L'Ambert.

--Caballero--le dijo,--lamento sinceramente que mi
obstinación haya
llevado las cosas hasta este extremo. La Tompain no
vale una gota
siquiera de la sangre vertida por su culpa, y hoy m
ismo rompo con ella,
pues no podría verla sin pensar en la desgracia que
ha causado. Sois
testigo de que he hecho cuanto me ha sido posible,
como asimismo estos
señores, por devolveros lo perdido. Ahora, permitid
me esperar que este
accidente no sea del todo irreparable. El médico de
esta aldea nos ha
recordado que existen en París cirujanos más hábile
s que él; creo haber
oído decir que la cirugía moderna poseía secretos i
nfalibles para
restaurar las partes del cuerpo humano mutiladas o
perdidas. M. L'Ambert
aceptó, con el humor que pueda suponerse cualquiera
, la mano que le
tendía su rival, y se hizo conducir al faubourg Sai
nt-Germain en
compañía de sus dos amigos.

III

DONDE DEFIENDE EL NOTARIO SU PELLEJO CON MÁS ÉXITO

El cochero de Ayvaz-Bey era un hombre dichoso si lo
s hay. Aquel bribón
empedernido fue menos sensible a la propina de cinc
uenta francos que al
placer de haber conducido a su cliente a la victori
a.

--¡En verdad que me agrada la manera que tenéis de
arreglar a las
personas!--le dijo al bueno de Ayvaz.--Bueno es sab
er cómo las gastáis.
Si alguna vez os piso un pie, me apresuraré a pedir
os mil perdones en
el acto. Ese pobre señor se verá negro si quiere to
mar rapé. ¡Vamos,
vamos! si alguien vuelve alguna vez a sostener ante
mí que los turcos
son unos torpes, ya sabré qué responderle. ¿No os d
ije que os daría
buena suerte? Eso me sucede siempre. Conozco, en ca
mbio, un viejo que le
ocurre lo contrario: da siempre la mala pata a sus
clientes. Ni por
casualidad conduce una vez sola al terreno del hono
r a nadie que salga
ileso... ¡Arre, pajarita! ¡vamos, que conduces a un
héroe! ¡Hoy te
envidiarían los caballos de los césares de Roma!

Estas burlas crueles no lograron desarrugar el entr
ejejo de los turcos,
y el cochero, en vista de que sus palabras no hacía
n gracia, adoptó el
prudente partido de callarse.

En otro carruaje infinitamente más elegante y mucho mejor entroncado, lamentábase el notario en presencia de sus dos amigos.

--Todo concluyó para mí--les decía;--soy hombre muerto; no me queda otro recurso que saltarme la tapa de los sesos. ¿Cómo presentarme de nuevo en sociedad, en la Opera, ni en ningún otro teatro? ¿Queréis que comparezca ante el mundo con esta cara grotesca y lamentable, que excitará en unos la risa y en otros la compasión?

--¡Bah!--respondiolo el marqués,--la gente se acostumbra a todo. Y, en último caso, si el mundo nos causa espanto, permanecemos en casa.

--¡Permanecer siempre en casa! ¡bonito porvenir! ¿Imagináis, por ventura, que han de venir las mujeres a buscarme a domicilio, en el estado en que me encuentro?

--¡Os casaréis! He conocido a un teniente de coraceros que había perdido un brazo, una pierna y un ojo. Ciertamente no era el terror de los maridos, ni el ídolo de las mujeres; pero se casó con una buena muchacha, ni fea ni bonita, que lo quiso con toda su alma, y lo hizo dichoso por completo.

No debió de parecerle al notario demasiado consoladora semejante perspectiva, porque exclamó con acento desesperado:

--¡Oh, las mujeres! ¡las mujeres! ¡las mujeres!

--¡Demontre!--exclamó el marqués,--¡qué importancia concedéis a las mujeres! ¡Ni que ellas lo fuesen todo! Hay en el mundo otras cosas agradables. ¡Se dedica uno a mirar por su salud, qué diablo! A encarrilar su alma, a cultivar su espíritu, a hacer bien a su prójimo, a llenar los deberes de su estado. ¡No es preciso poseer una nariz prominente para ser buen cristiano, buen padre de familia y buen notario!

--¡Notario!--replicó él con amargura poco disimulada,--¡notario! En efecto, eso aun lo soy. Ayer era un hombre de mundo, un verdadero gentleman, y, hasta puedo decirlo prescindiendo de falsas modestias, un caballero cuyo trato se disputaban todos. Hoy sólo soy un notario. ¿Y quién sabe si lo seguiré siendo mañana? Una indiscreción del lacayo bastaría para divulgar esta estúpida aventura. Con dos palabras que diga cualquier periódico, la justicia se verá obligada a perseguir a mi adversario, y a sus testigos, y a vosotros mismos, señores. Y heme entonces aquí conducido ante el tribunal correccional, y teniéndole que referir dónde, cuándo y por qué he perseguido a la señorita Victorina Tompain. Suponed un escándalo semejante, y decidme si el notario podrá sobrevivirle.

--Amigo mío--le dijo el marqués,--os asustáis de peligros imaginarios.

Las gentes de nuestro mundo, de este mundo a que vos pertenecéis también, poseen el derecho de rebanarse el cuello impunemente. El ministerio público cierra los ojos cuando se trata de nuestras querellas, y no hay justicia que valga. Comprendo que se metan un poco con los periodistas, los artistas y otros seres de condición inferior cuando se permiten tirar de la espada: conviene recordar a esas gentes que tienen puños para batirse, y que basta con crecer esta arma para vengar la clase de honor que poseen. Pero porque un caballero se conduzca y proceda como tal, la justicia no tiene nada que decir, y nada dice. Yo he tenido unos quince o veinte lances desde que dejé el servicio, y algunos, en verdad, bien desgraciados para mis adversarios; y, sin embargo, ¿habéis leído mi nombre alguna vez en la _Gaceta de los Tribunales_?

M. Steimbourg hallábase menos ligado con M. L'Amber t que el marqués de Villemaurin; no tenía, como éste, todos sus títulos de propiedad en el estudio de la calle de Varneuil desde hacía cuatro o cinco generaciones. No conocía a aquellos dos caballeros más que del círculo y de la partida de _whist_, y tal vez también por algunos corretajes que le habían hecho ganar. Pero era un buen muchacho y hombre de bastante talento, e hizo, a su vez, algunos razonamientos acertados al notario, para consolarle en su aflicción. A su entender, M. de Villemaurin ponía a las cosas peor de

lo que ya estaban: existían otros recursos. Decir a M. L'Ambert que quedaría desfigurado para toda su vida, era desesperrar demasiado pronto de la ciencia.

--¿De qué nos serviría haber nacido en el siglo XIX, si el menor accidente hubiera de ser, como antaño, un mal irremediable? ¿Qué superioridad tendríamos entonces sobre los hombres de la Edad de Oro? No blasfememos del nombre sacrosanto del progreso. La cirugía operatoria se halla, gracias a Dios, más floreciente que nunca en la patria de Ambrosio Paré. El buen doctor de Parthenay nos ha citado los nombres de ciertos ilustres maestros que descuellan por la habilidad con que reparan con éxito las injurias que sufre el cuerpo humano. Ya estamos a las puertas de París; enviaremos a preguntar a la farmacia más próxima, y en ella nos darán la dirección de Velpeau o de Huguier; vuestro lacayo irá a buscar en seguida a cualquiera de estas dos eminencias, y os lo traerá a vuestra casa. Tengo la seguridad de haber oído decir que los cirujanos rehacen un labio, un párpado o una oreja: ¿es acaso más difícil restaurar una nariz?

Por muy vaga que fuese esta esperanza, reanimó, sin embargo, al infeliz notario, que había dejado de sangrar hacía ya media hora. La idea de volver a ser lo que era y de reanudar el curso normal de su vida, prodújole una especie de delirio. ¿Qué verdad es que nadie sabe apreciar

la dicha de estar completo hasta que no la ha perdido!

--¡Ah, amigos míos!--exclamó frotándose las manos de esperanza,--mi fortuna pertenece al hombre que me cure. Por grandes que sean los tormentos que me esperen, los sufriré gustoso si me garantizan el éxito. ¡Ni el dolor ni los gastos me harán retroceder!

Animado de estos sentimientos llegó el notario a su casa de la calle de Verneuil, mientras buscaba su lacayo la dirección de los cirujanos más célebres. El marqués y Steimbourg le condujeron a su cuarto, y se despidieron de él, el uno para ir a tranquilizar a su mujer y a sus hijas, que no le habían vuelto a ver desde la víspera, y el otro para correr a la Bolsa.

Solo consigo mismo, ante un espejo de Venecia que le mostraba sin piedad su nueva imagen, cayó Alfredo L'Ambert en un abatimiento profundo. Aquel hombre fuerte, que no lloraba jamás en el teatro por ser cosa propia de las gentes del pueblo; aquel gentleman de frente bronceada, que había enterrado a sus padres con la impassibilidad más serena, lloró la mutilación de su bella persona, y se bañó en lágrimas de egoísmo.

Su lacayo vino a arrancarle de su amargo dolor prometándole la visita de M. Bernier, cirujano del Hospital, miembro de la Sociedad de Cirugía y de la Academia de Medicina, profesor de clínica,

etc., etc. El criado
había ido a buscar al más próximo, y no anduvo desahogado, porque M.
Bernier, si bien no estaba a la altura de los Velpéau, los Manée y los
Huguier, ocupaba un lugar muy honroso inmediatamente después de ellos.

--¡Que venga!--exclamó M. L'Ambert.--¿Por qué no está aquí ya? ¿Creen,
por ventura, que me encuentro en situación de esperar?

Y se echó a llorar de nuevo. ¿Llorar en presencia de sus domésticos! ¿Es
posible que un sablazo modifique en tales términos las costumbres de un
hombre? Seguramente era preciso que el arma del buen Ayvaz, al cortar
el canal nasal, hubiese conmovido el saco lagrimal y los tubérculos
mismos.

Enjugose el notario los ojos para leer un grueso volumen en 12º, que le
habían traído con urgencia de parte de M. Steimbourg. Era la Cirugía
operatoria, de Ringuet, excelente manual enriquecido con unos
trescientos grabados. M. Steimbourg había comprado el libro, al
dirigirse a la Bolsa, y se lo enviaba a su cliente para tranquilizarle
sin duda.

Pero el efecto que le produjo su lectura fue muy otro de lo que se había
supuesto. Cuando hubo hojeado el notario las primeras doscientas
páginas, y visto desfilar ante sus ojos la serie lamentable de
ligaduras, amputaciones, resecciones y cauterizaciones

nes, dejó caer el libro y se echó en una butaca, apretando los ojos con horror. Mas esta precaución no evitole seguir viendo pieles seccionadas, músculos separados por pinzas, miembros seccionados a grandes tajos, huesos aserrados por manos de operadores invisibles. Los rostros de los operados que se ven en los dibujos anatómicos, parecíanle tranquilos, resignados, insensibles al dolor, y preguntábase si tal dosis de valor podía ser compatible con la naturaleza de las almas humanas. Seguía viendo, sobre todo, al cirujano de la página 89, todo vestido de negro, con un cuello de terciopelo en su levita. Este fantástico ser tiene la cabeza redonda y algo grande, la frente despejada, y asierra con esmero y seriedad los dos huesos de una pierna viva.

--¡Monstruo!--exclamó, sin poder contenerse, M. L'Ambert.

Y en aquel mismo instante, vio entrar al monstruo en persona, y el criado anunció a M. Bernier.

El notario retrocedió, reculando, hasta el rincón más oscuro de su cuarto, con los ojos desmesuradamente abiertos, la mirada extraviada, y extendiendo hacia adelante los brazos, como para rechazar a un enemigo. Castañeteando los dientes, murmuró con voz sofocada, como en las novelas de Javier de Montepin:

--¡Él! ¡él! ¡él!

--Caballero--dijo el doctor,--siento haberos hecho aguardar, y os suplico que os calméis. Ya conozco el accidente de que acabáis de ser víctima, y me atrevo a esperar que el mal tenga remedio. Pero nada podremos hacer si tenéis miedo de mí.

La palabra miedo tiene siempre un sonido desagradable para los oídos franceses. M. L'Ambert descargó con el pie un fuerte golpe sobre el suelo, avanzó decididamente hacia el doctor, y le dijo con una risita demasiado nerviosa para ser natural.

--¡Vamos, doctor! tenéis, al parecer, ganas de broma. ¿Tengo cara, por ventura, de cobarde? Si lo fuese, no me hubiera puesto en el trance esta mañana de que me descompletasen mi pobre humanidad. Pero, mientras os estaba esperando, he hojeado un libro de cirugía, y acababa en este momento de ver en él la figura de un cirujano que tiene cierto parecido con vos, cuando, al entrar, me habéis hecho el efecto de un aparecido. Añadid a esta sorpresa las emociones sufridas esta mañana, y quién sabe si acaso también algún movimiento febril, y me perdonaréis lo que de raro hayáis notado en la acogida que os hice.

--¡En hora buena!--dijo M. Bernier, recogiendo el libro del suelo.--¡Ah! ¡leíais a Ringuet! Es muy amigo mío. Recuerdo, efectivamente, que me hizo representar en un grabado, con arreglo a un croquis de Leveillé. Pero sentaos, por favor.

Calmose un poco el notario y refirió al doctor los acontecimientos de la jornada, sin echar en olvido el incidente del gato que, por decirlo así, habíale hecho perder por segunda vez su tan llorada nariz.

--Es una gran desgracia--observó el cirujano,--pero es posible repararla en el término de un mes. Supuesto que tenéis en vuestro poder el libro de Ringuet, poseeréis seguramente algunas nociones de cirugía.

M. L'Ambert confesó que no había llegado aún a ese capítulo.

--Pues bien--replicó M. Bernier,--voy a condensáros lo en cuatro palabras. La rinoplastia es el arte de rehacer la nariz a los imprudentes que la han perdido.

--¿Pero es de veras, doctor?... ¿es posible ese milagro?... ¿Ha encontrado la cirugía la manera de...?

--Ha encontrado tres sistemas nada menos. Descartemos el método francés, pues no lo considero aplicable al caso vuestro. Si la pérdida de sustancia fuese menos considerable, podría despegar los bordes de la herida, avivarlos, ponerlos en contacto y unirlos de primera intención. Mas no hay que pensar en esto.

--De lo que me alegro infinito--contestole el notario.--No podéis imaginaros, doctor, hasta qué punto la idea de heridas avivadas y de bordes suturados me descomponen los nervios. ¡Exami

nemos otros medios
más suaves, yo os lo ruego!

--La cirugía raramente procede con dulzura; pero, en fin, os queda la elección entre el sistema indio y el italiano. El primero consiste en cortar en la piel de vuestra frente una especie de triángulo, con el vértice hacia abajo y la base hacia arriba, con el cual se fabrica la nueva nariz. Se despega este trozo de piel en toda su extensión, salvo el vértice inferior que debe permanecer adherido. Se le hace girar sobre este vértice, a fin de que me quede siempre hacia fuera la epidermis, se le rebate hacia abajo y se cosen sus bordes a los de la herida. En otros términos, puedo haceros otra nariz bastante presentable a expensas de vuestra frente. El éxito de la operación es casi cierto; pero siempre conservaréis en la frente una extensa cicatriz.

--No quiero cicatrices, doctor; no las quiero a ningún precio. Os digo más, doctor (y perdonadme esta debilidad), desearía que, a ser posible, no me hicieseis ninguna operación. Acabo de sufrir una hace poco, de manos de ese turco condenado, y, para prueba, ya basta. Se me hiela la sangre al recordar la sensación solamente. Tengo tanto valor como cualquier otro hombre, mas tengo nervios también. La muerte no me asusta, pero el sufrimiento me aterra. Matadme, si queréis, pero, ¡por Dios no me cortéis más nada!

--Caballero--replicole el doctor, con cierto dejo d

e ironía,--si tal
prevención sentís contra las operaciones, hubierais
debido llamar a un
médico homeópata en vez de hacer venir a un cirujan
o.

--No os burléis de mí, doctor. No he sabido reprimi
rme ante la idea de
la operación india. Los indios son salvajes y tiene
n una cirugía digna
de ellos. ¿No habéis hablado también de un sistema
italiano? No me
agradan los italianos por su política. Son un puebl
o ingrato, que ha
observado la conducta más negra con sus legítimos a
mos; pero, en materia
de ciencia, no siento ninguna prevención contra eso
s bribones.

--Muy bien--respondió el doctor,--optad, si os plac
e, por el método
italiano. Da a veces resultados excelentes, pero ex
ige una inmovilidad y
paciencia de la que tal vez no seáis capaz.

--Si sólo se trata de inmovilidad y paciencia, os r
espondo en absoluto
de mí.

--¿Sois capaz de permanecer, por espacio de treinta
días, en una
posición extremadamente molesta?

--Sí.

--¿Con la nariz cosida al brazo derecho?

--Sí.

--En ese caso, os cortaré del brazo un trozo triang
ular de piel, de
quince o diez y seis centímetros de longitud, por d

diez u once de
anchura...

--¿Que me cortaréis a mí ese trozo de piel?

--Sin duda.

--¡Pero eso es espantoso, doctor! ¡desollarme vivo!
¡sacarme el pellejo
a tiras! ¡eso es bárbaro, inhumano, propio de la Ed
ad Media, digno sólo
de Shilooch, el judío de Venecia!

--Lo de menos es la herida del brazo. Lo difícil es
permanecer cosido a
sí mismo por espacio de treinta días.

--A mí sólo me horroriza el corte del escalpelo. Cu
ando se ha sentido ya
el frío de la hoja de acero al penetrar en la carne
viva, se horripila
uno al pensarlo. Una vez, y nada más, mi querido do
ctor.

--Siendo así, caballero, no hay nada que aquí exija
mi presencia: Os
quedaréis sin nariz para toda vuestra vida.

Esta especie de condena sumió al pobre notario en p
rofunda
consternación, que le hizo recorrer la estancia a g
randes pasos,
mesándose los cabellos de su hermosa y rubia cabell
era como un loco.

--¡Mutilado!--exclamaba, llorando;--¡mutilado para
siempre! ¡No hay
remedio para mí! ¡Si existiese alguna droga, algún
tópico misterioso
cuya virtud devolviera la nariz a los que la han pe
rdido, lo compraría a
peso de oro! ¡Lo enviaría a buscar al fin del mundo

! Hasta sería capaz
de fletar para ello un buque si no hubiera otro rem
edio. ¡Pero nada! ¿de
qué me sirve ser rico? ¿de qué sirve que seáis un c
irujano ilustre, si
toda vuestra habilidad y todos mis sacrificios no s
irven absolutamente
para nada? ¡Riqueza, ciencia! ¡he aquí dos palabras
hueras!

Pero M. Bernier le respondía de vez en cuando, con
imperturbable calma:

--Permitidme que os corte un trozo de piel del braz
o, y os reconstruiré
la nariz.

M. L'Ambert pareció decidirse un instante. Quitose
la levita y
arremangose la manga de la camisa; pero cuando vio
abierto el estuche
del cirujano, y brillaron ante sus aterrados ojos l
as hojas relumbrantes
de treinta instrumentos de suplicio, palideció inte
nsamente y se
desplomó, desmayado, sobre una butaca. Algunas gota
s de agua con vinagre
le devolvieron el conocimiento, mas no la resolució
n.

--No pensemos más en esto--dijo recuperando la calm
a.--Nuestra
generación posee toda clase de valores, mas se arre
dra ante el dolor. Es
culpa de nuestros padres que nos han criado envuelt
os entre nubes de
algodón en rama.

Pocos instantes después, aquel joven, que profesaba
los más religiosos
principios, púsose a blasfemar de la Providencia.

--En realidad--exclamó,--el mundo es una gran trapi sonda, ¡bendigamos por ello al Creador! Con mis doscientos mil francos de renta, me quedaré para el resto de mi vida tan chato como una calaver a; en tanto que mi portero, que no tiene jamás en el bolsillo diez esc udos, lucirá la nariz de un Apolo de Beldevere. ¡La Suprema Sabiduría, qu e tantas cosas ha previsto, no acertó a prever que un turco me cortar ía la cabeza por saludar a la señorita Victorina Tompain! Hay en Fra ncia tres millones de pordioseros, todos los cuales juntos no valen medio franco, ¡y no puedo yo comprar a peso de oro la nariz de cualquiera de esos miserables!... Y, después de todo, ¿por qué?

Su rostro iluminose por un rayo de esperanza, y añ a dió, con tono más dulce:

--Mi anciano tío de Poitiers, en su última enfermed ad, se hizo inyectar cien gramos de sangre bretona en la vena cefálica m ediana: un antiguo servidor prestose a suministrársela. Mi bella tía G iromagny, cuando aún conservaba su belleza, hizo arrancar un incisivo a una de sus doncellas más hermosas para reemplazar un diente que acababa de perder. Este expediente dio un resultado magnífico, y no costó a rriba de tres luises. Doctor, vos me habéis dicho que, a no ser por la tr astada de ese maldito gato, hubierais podido colocarme nuevamente la nari z en su sitio, cosiéndomela con cuidado. ¿Me lo habéis dicho, o no ?

--Sin duda, y os lo repito.

--Y si lograrse comprar la nariz de algún pobre diablo, ¿podríais también colocármela en reemplazo de la mía?

--Claro está que podría...

--¡Oh, magnífico!

--Pero no me prestaría a hacerlo, ni ninguno de mis colegas tampoco.

--¿Y por qué, queréis decirme?

--Porque mutilar a un hombre sano es un crimen, por muy estúpido que sea, o muy hambriento que se halle el paciente para consentir en ello.

--A la verdad, doctor, que confundís mis nociones relativas a lo justo y a lo injusto. Yo me hice reemplazar, cuando fui llamado a filas, mediante un centenar de luises, por una especie de alsaciano, de pelo alazán tostado. A mi hombre (porque era bien mío) hubo de llevarle la cabeza una bala de cañón, el 30 de abril de 1849. Y como dicha bala me estaba destinada a mí por la suerte, puedo decir con verdad que el alsaciano en cuestión vendiome su cabeza y toda su persona entera por un centenar de luises, o algo más. El Estado no sólo toleró, sino que aprobó esta combinación; vos tampoco tendréis nada que objetar; es muy posible que vos mismo hayáis comprado también al mismo precio un hombre entero, que se haya matado por vos. ¡Y sois capaz d

e escandalizaros
porque ofrezco doble precio, al primer bribón que s
e presente, por sólo
la punta de la nariz!

El doctor detúvose un momento a meditar una respues
ta lógica. Pero, como
no la encontrase, dijo al señorito L'Ambert:

--Si bien no permite mi conciencia desfigurar a otr
o hombre en beneficio
vuestro, creo que podría, sin escrúpulo, cortar del
brazo de cualquier
perillán los pocos centímetros cuadrados de piel qu
e os hacen falta.

--¡Vaya, doctor! ¡tomadlos de dónde mejor os plazca
, con tal de que
reparéis este estúpido accidente! Busquemos en segu
ida un hombre de
buena voluntad, y ¡viva el método italiano!

--Os prevengo de nuevo, sin embargo, que tendréis q
ue permanecer un mes
entero en una situación bien molesta.

--¡Qué me importan todas las molestias del mundo, s
i al cabo de ese mes
puedo presentarme de nuevo en el _foyer_ de la Oper
a!

--Convenido. ¿Habéis pensado ya en alguien? ¿Acaso
ese portero de quien
ahora poco hablabais...?

--¡Me parece muy bien! Será fácil comprarlo, con su
mujer y sus hijos,
por un centenar de escudos. Cuando Barberau, su ant
ecesor, se retiró no
sé adónde, para vivir de sus rentas, un cliente rec
omendome a este, que
se estaba literalmente muriendo de hambre.

Llamó M. L'Ambert, y ordenó al ayuda de cámara, que se presentó al instante, que hiciera subir a Singuet, el nuevo portero.

Acudió el hombre, y lanzó un grito de espanto al contemplar el rostro de su amo.

Era el verdadero tipo del pobre diablo parisiense, que es el más pobre de todos los diablos: un hombrecillo de treinta y cinco años de edad, al cual todos le hubieran echado sesenta, a juzgar por su aspecto flaco, amarillo y desmirriado.

M. Bernier examinólo atentamente y le mandó volver otra vez a la portería.

--La piel de este hombre--dijo--no sirve para nada. Acordaos que los jardineros toman las varas, para efectuar sus injertos, de los árboles más sanos y rollizos. Elegidme a un mozo fuerte y rebusando salud entre vuestra servidumbre; de sobra los tendréis.

--Sí, pero no será empresa fácil convencerlos. Mis criados son todos caballeros, que poseen capitales y valores en cartera, y especulan al alza y a la baja, como todos los criados de casa grande. No creo que haya ninguno entre ellos que quiera comprar con el precio de su sangre un dinero que se gana tan fácilmente en la Bolsa.

--Pero tal vez halléis alguno que por abnegación y cariño...

--¿Abnegación y cariño entre estas gentes? ¡Creo que os burláis, doctor!
Nuestros padres tenían servidores abnegados: nosotros sólo poseemos unos grandísimos pillos que medran a nuestra costa, y, en el fondo, tal vez salgamos ganando. Nuestros padres, que se veían amados por estas gentes, creíanse obligados a pagarles en la misma moneda. Sufrían sus defectos, asistíanlos en sus enfermedades, alimentábanlos en su vejez: esto era insoportable. Yo pago a mis criados para que me sirvan bien, y, cuando no estoy satisfecho de ellos, los despido, sin meterme a averiguar si es falta de voluntad, vejez o indisposición lo que motiva su mal comportamiento.

--Entonces no encontraremos en vuestra casa el hombre que precisamos.
¿Tenéis alguno a la vista?

--¿Yo? Ninguno. Pero es igual; el primer advenedizo, el mozo de cordel de la esquina, el aguador que grita en este momento en la calle.

Sacó del bolsillo las gafas, levantó ligeramente la cortina, examinó, a través de aquéllas, la calle de Beaune, y dijo al doctor:

--He ahí a un muchacho que no tiene mala cara. Tiene la bondad de hacerle señas, porque yo no me atrevo a mostrar a los transeúntes mi rostro.

M. Bernier abrió la ventana en el momento en que la

víctima elegida
gritaba a plenos pulmones:

--¡Agua muy fresca!

--¡Muchacho!--gritole el doctor,--dejad vuestro ton
el y subid por la
calle de Verneuil, si queréis ganar un buen puñado
de luises.

IV

CHEBACHTIÁN ROMAGNÉ

Llamábase Romagné, por su padre. Sus padrinos le ha
bían puesto, al
bautizarle, Sebastián; pero, como era natural de Fr
ognac-les-Mauriac,
departamento de Cantal, invocaba a su patrón bajo e
l nombre de _Chan
Chebachtián_. Todo hace presumir que había escrito
su nombre con _ch_;
pero, afortunadamente, no sabía escribir. Este hijo
de la Auvernia
contaba veinticuatro o veinticinco años de edad, y
poseía la
constitución de un verdadero Hércules: alto, grueso
, rechoncho,
colorado; fuerte como un buey de labor, dulce y fác
il de conducir como
un corderillo blanco. Imaginaos un hombre fabricado
de la pasta mejor,
al par que la más grosera.

Era el mayor de diez hijos, entre mujercitas y varo
nes, que tragaban y
bullían bajo el techo paternal. Su padre poseía una
cabaña, un pedazo de

tierra, algunos castaños en el monte, media docena de cerdos, y dos brazos para cavar el terreno. La madre hilaba cáñamo; los varones ayudaban al padre; las mujercitas arreglaban la casa y se cuidaban las unas a las otras, haciendo la mayor de niñera de la más pequeña, y así todas las otras, hasta terminar la escala.

El joven Sebastián jamás brilló por su inteligencia, ni por su memoria, ni por ningún don intelectual; pero, en cambio, poseía un corazón excelente. Le habían enseñado algunos capítulos del catecismo como se enseña a los mirlos a silbar cualquier tonadilla; pero siempre profesó los sentimientos más cristianos. Jamás abusó de sus fuerzas contra las personas ni contra los animales; evitaba las querrelas y recibía con frecuencia coscorriones, sin devolverlos jamás. Si el subprefecto de Mauriac hubiese querido conceder una medalla de plata, no hubiera tenido más que escribir a París, porque Sebastián había salvado a muchas personas, con grave exposición de su propia vida, y en especial a dos gendarmes que estaban a punto de ahogarse, con sus caballos, en el torrente del Saumaise. Pero a todo el mundo le parecían sus actos meritorios la cosa más natural, ya que los ejecutaba por instinto, y a nadie se le ocurría concederle una recompensa, considerándolo casi como a un perro de Terranova.

A la edad de veinte años entró en quintas y obtuvo un número alto,

gracias a una novena que hizo, en unión de su familia. Después de esto, resolvió marcharse a París, siguiendo los usos y costumbres de la Auvernia, para ahorrar algunos centenares de francos, y volver después a ayudar a sus padres. Le dieron un traje de pana y veinte francos, que en Mauriac constituyen una cantidad importante, y aprovechó la ocasión de marchar un camarada que conocía el camino de la capital. Hizo el camino a pie, invirtiendo en él diez jornadas, y llegó fresco y dispuesto a trabajar, con catorce francos y medio en el bolsillo, y los zapatos sin estrenar, en la mano.

Dos días más tarde, rodaba un tonel por el faubourg de Saint-Germain, en compañía de otro camarada que no podía ya subir las escaleras, porque se había relajado. En pago de sus servicios, recibió alojamiento, cama, manutención y ropa limpia, a razón de una camisa cada mes, sin contar el franco y medio semanal que le daba su patrón para sus gastos de soltero. Con sus economías, compró, al cabo del año, un tonel de lance, y se estableció por su cuenta.

El éxito que obtuvo fue asombroso, y superior a cuanto pudo esperarse. Su ingenua cortesía, su incansable amabilidad y su intachable honradez, captáronle la simpatía y protección de todo el barrio. De dos mil escalones que solía subir al principio, llegó a siete mil gradualmente. Por eso enviaba hasta sesenta francos mensuales a las buenas gentes de

Frognac. La familia bendecía su nombre y lo encomendaba a Dios con fervor, mañana y tarde, en sus plegarias; sus hermanos menores tenían pantalones nuevos, y se pensaba nada menos que enviar a los dos más pequeños a la escuela.

Su vida, sin embargo, a pesar de soplarle la fortuna, en nada había cambiado: acostábase al lado de su tonel, en un mal bodegón, y renovaba la paja de su lecho sólo dos veces al mes. Su traje de pana estaba más remendado que el vestido de un arlequín. La verdad es que en vestir habría gastado bien poco, a no ser por los malditos zapatos que consumían cada mes un kilogramo de clavos. En el comer era donde no escatimaba lo más mínimo. Adquiría, sin regatear, diariamente cuatro libras de pan, y hasta, a veces, solía regalarse el estómago con un trozo de queso o de cebolla, o con media docena de manzanas, compradas en el puente nuevo. Los domingos y días festivos permitíase el lujo de comer sopa y carne, y el resto de la semana se chupaba los dedos recordándolo. Pero era demasiado buen hijo y buen hermano para permitirse jamás el despilfarro de tomar un vaso de vino. «El vino, el amor y el tabaco» eran para él artículos fabulosos, que sólo conocía de oídas. Con mucha mayor razón ignoraba los placeres del teatro, tan caros para los obreros de París. Nuestro hombre prefería acostarse a las siete, sin que le costara un céntimo, a aplaudir a M. Dumaine por medio

franco.

Tal era, en lo moral y en lo físico, el hombre a quien M. Bernier llamó, en la calle de Beaune, para que cediese un buen trozo de su piel a M. L'Ambert.

Advertidos los criados, hiciéronle pasar en seguida .

Avanzó tímidamente, con el sombrero en la mano, levantando los pies cuanto podía, y no atreviéndose a sentarlos sobre la alfombra. La tormenta de aquella mañana lo había salpicado de lo do hasta las axilas.

--Si me llaman para que suministre agua a la casa-- dijo saludando al doctor, y convirtiendo en ches cuantas eses tenía que pronunciar,--le...

M. Bernier cortole la palabra.

--No, amigo mío; no se trata de nada relacionado con vuestro comercio.

--¿De qué se trata, pues?

--De otra cosa completamente distinta. Al señor le han cortado la nariz esta mañana.

--¡Ah, demontre! ¡pobre hombre! ¿Quién ha hecho esa villanía?

--Un turco; pero esto es lo de menos.

--¡Un salvaje! Sabía ya de referencia que los turcos eran salvajes; pero no creí que les dejasen venir a París. Esperad un m

omento, que voy a
avisar a un gendarme.

M. Bernier contuvo este alarde de celo del buen auvernés, y explicóle, en pocas palabras, la clase de servicio que se pretendía que prestase. Creyó, al principio, que se burlaban de él, porque se puede ser un excelente aguador sin tener la más pequeña noción de rinoplastia. Hízole comprender el doctor que se deseaba tenerle embargado durante un mes, y comprarle unos ciento cincuenta centímetros cuadrados de su piel.

--La operación no es nada en sí--le dijo,--y os garantizo que os hará sufrir bien poco; pero os advierto, en cambio, que tendréis que tener una paciencia enorme para permanecer un mes inmóvil, con el brazo cosido a la nariz del señor.

--Paciencia no me falta--respondió nuestro hombre;--para algo soy auvernés. Pero para que yo pase un mes en esta casa prestando a este señor un importante servicio, será necesario que me abonen los jornales de esos días.

--Desde luego. ¿Cuánto exigís? Sebastián meditó unos instantes.

--En conciencia--dijo al fin,--ese trabajo bien vale cuatro francos diarios.

--No, amigo mío--respondióle el notario;--ese trabajo vale mil francos al mes, o sea, treinta y tres francos diarios.

--No--replicó el doctor, con acento autoritario;--eso vale dos mil francos.

L'Ambert inclinó la cabeza, y no se atrevió a objetar.

Romagné pidió permiso para terminar aquel día su trabajo, dejar en el bodegón su tonel y buscar quien le reemplazase durante el mes.

--Por otra parte--dijo,--no vale la pena de comenzar hoy mismo, para sólo medio día.

Demostráronle que el caso era urgente, y tomó, en vista de ello, sus medidas. Mandaron a buscar a uno de sus amigos, el cual prometió reemplazarle por espacio de un mes.

--Tú me traerás el pan todas las noches--le dijo Romagné.

Pero se apresuraron a decirle que la precaución era inútil, pues le darían de comer en la casa.

--Eso dependerá de lo que me cueste--observó él.

--M. L'Ambert os dará de comer gratis.

--¡Gratis! eso ya es distinto. He aquí mi piel. Cortádmela cuanto antes.

Romagné soportó la operación como un valiente, sin pestañear siquiera.

--Esto es un placer--decía.--Me han contado de un auvernés de mi país

que se hacía petrificar en una fuente mediante un f
ranco por hora.
Prefiero dejarme cortar a pedazos. No es tan molest
o, y produce mucho
más.

M. Bernier cosiole el brazo izquierdo al rostro del
notario, y ambos
hombres permanecieron, por espacio de un mes, encad
enados uno al otro.
Los dos hermanos siameses que excitaron un día la c
uriosidad de toda
Europa no estaban tan indisolublemente unidos. Pero
aquéllos eran
hermanos, acostumbrados a soportarse mutuamente des
de la más tierna
infancia, y habían recibido la misma educación. Si
uno hubiese sido
aguador y el otro notario, tal vez no hubiesen dado
el espectáculo de
una amistad tan fraternal.

Romagné jamás se quejaba de nada, por muy extraña q
ue la nueva
situación le pareciese. Obedecía como un esclavo, o
, por mejor decir,
como un buen cristiano, todos los mandatos del homb
re que le comprara su
piel. Se levantaba, se sentaba, se acostaba, se vol
vía hacia la derecha
o la izquierda, según el capricho de su señor. No o
bedece con tanta
sumisión al Polo Norte la aguja imantada, como Roma
gné a M. L'Ambert.

Esta heroica mansedumbre enterneció el corazón del
notario, que, a decir
verdad, nada tenía de blando. Sintió por espacio de
tres días una
especie de gratitud por los buenos cuidados que le
prodigaba su víctima;
mas no tardó en cobrarle antipatía y hasta horror.

Un hombre joven, activo y lleno de salud, no se acostumbra nunca, sin trabajo, a la inmovilidad absoluta. ¿Qué no será cuando se trate de permanecer inmóvil al lado mismo de un ser inferior, sucio y sin educación? Pero lo había querido así la suerte. Era preciso vivir sin nariz o soportar al auvernés con todas sus consecuencias: comer con él, dormir con él, llenar al lado suyo, y en la situación más incómoda, todas las funciones de la vida animal.

Era Romagné un digno y excelente joven; pero roncaba como un órgano. Adoraba a su familia y amaba a su prójimo; pero jamás se había bañado en su vida por temor de malgastar el agua, objeto de su comercio. Poseía los sentimientos más delicados del mundo; pero no sabía imponerse los sacrificios más elementales que la civilización recomienda. ¡Pobre M. L'Ambert! ¡y pobre Romagné asimismo! ¡qué noches y qué días! ¡qué lluvia de puntapiés! Inútil es decir que Romagné los recibía sin quejarse, temeroso de que un falso movimiento diese al traste con el experimento del doctor Bernier.

El notario recibía buen número de visitas. Vinieron a verle todos sus compañeros de aventuras, que se burlaban del auvernés. Enseñáronle a fumar cigarrillos, y a beber vino y aguardiente. El pobre diablo se entregaba a estos placeres con la ingenuidad de un piel roja. Lo emborracharon, lo ahitaron de manjares, le hicieron

descender todos los
escalones que separan al hombre de la bestia. Era p
reciso educarle
nuevamente, y aquellos buenos señores acometieron e
sta difícil tarea con
placer mefistofélico. ¿No era, por ventura, una cos
a divertida y
agradable la empresa de desmoralizar al auvernés?

Cierto día le preguntaron en qué pensaba emplear lo
s cien luises de M.
L'Ambert cuando acabase de ganarlos.

--Los emplearé en papel del cinco por ciento, y me
producirán cien
francos de renta--contestoles.

--¿Y después?--preguntole un emperejilado millonari
o de veinticinco años
de edad.--¿Serás más rico con eso? ¿serás más dicho
so acaso? ¡Tendrás
treinta céntimos de renta diaria! Si te casas, lo c
ual es inevitable,
pues eres de la madera de que se fabrican los imbéc
iles, tendrás doce
hijos al menos.

--¡Es posible!--replicó el auvernés, riendo de buen
a gana.

--Y, en virtud del Código civil, linda invención de
l Imperio, le dejarás
a cada uno de ellos un par de céntimos al día. En t
anto que, con dos mil
francos, puedes vivir un mes lo menos como un rico,
conocer los
placeres de la vida y elevarte muy por encima de tu
s semejantes.

Romagné se defendía como un gato panza arriba contr
a estas tentativas de
corrupción; pero hubieron de descargar tantos golpe

s sobre su espeso
cráneo, que acabaron por abrir en él un pequeño ori
ficio por donde
penetraron las ideas falsas, y se fueron apoderando
de su cerebro.

También acudieron las damas, de las cuales conocía
L'Ambert muchísimas
en todas las capas sociales. Romagné presenció las
escenas más diversas;
escuchó numerosas protestas de amor y fidelidad que
carecían de
verosimilitud. M. L'Ambert no sólo no se recataba d
e mentir como un
bellaco en su presencia, sino que, en ocasiones, se
complacía, en la
intimidad, en mostrarle todas las falsedades que fo
rman, por decirlo
así, el cañamazo donde se borda la vida elegante.

¡Y el mundo de los negocios! Romagné creyó descubri
rlo, como Cristóbal
Colón, porque no tenía de él noción alguna. Los cli
entes del notario no
se recataban de él para tratar las mayores enormida
des: hablaban en su
presencia como pudieran hacerlo delante de una doce
na de ostras. Vio
padres de familia que buscaban el modo de despojar
a sus hijos en
provecho de una amante o de alguna obra piadosa; jó
venes que estudiaban
la manera de robar la dote a su futura esposa por m
edio de un contrato;
prestamistas que exigen el diez por ciento sobre pr
imeras hipotecas y
prestatarios que hipotecaban fincas imaginarias.

Carecía de talento y su inteligencia no era muy sup
erior a la de
cualquier perro de aguas; pero su conciencia se le
reveló.

--Vos no poseéis mi estima--le dijo un día al notario, creyendo hacerle un gran bien.

Y la repugnancia que L'Ambert sentía por él trocose en odio mortal.

En los últimos ocho días de su forzada intimidad su cediéronse las tempestades casi sin interrupción.

Al fin adquirió Bernier la plena convicción de que el trozo de piel había arraigado en la cara del notario, a pesar de los innumerables tirones que sufriera. Desunió a los dos enemigos, y modeló una nariz a L'Ambert con el trozo de piel que había cesado ya de pertenecer al auvernés. Y el acicalado millonario de la calle de Verneuil, arrojó dos billetes de a mil francos al rostro de su esclavo, diciéndole:

--¡Toma, infame! El dinero es lo de menos; pero me has hecho gastar lo menos cien mil escudos de paciencia. Vete ahora mismo de aquí; sal de mi casa para siempre, y haz de modo que nunca jamás, en mi vida, vuelva a oír pronunciar tu nombre.

Romagné dióle las gracias, con gesto no desprovisto de altivez, se bebió una botella de vino en la cocina, tomó un par de copitas con Singuet, y marchó tambaleándose hacia su antiguo domicilio.

GRANDEZA Y DECADENCIA

M. L'Ambert volvió a entrar en el mundo con éxito; casi podría decirse que con gloria. Sus testigos le hicieron la más estricta justicia diciendo que se había batido como un león. Los viejos notarios sentíanse rejuvenecidos por su valor.

--¡Ved ahí!--decían,--lo que somos cuando se nos pone en ciertos trances!
¡Los notarios son tan hombres como cualquier otro! La suerte de las armas hizo traición a maese L'Ambert; pero supo adoptar al caer un bello gesto: ha sido un Waterloo. ¡Aunque digan lo que quieran, somos gentes decididas!

De esta manera se expresaban el respetable maese Clopineau, y el digno maese Labrique, y el untuoso maese Bontoux, y todos los nestores del notariado. Los jóvenes hablaban en parecidos términos, con ciertas variantes inspiradas por los celos.

--No queremos renegar!--decían,--de maese L'Ambert: ciertamente que nos honra, aun cuando nos compromete un poco; pero cada uno de nosotros hubiera procedido con el mismo valor, y quién sabe si con menos torpeza. Un funcionario público no debe dar estos escándalos. No se debiera ir nunca al terreno del honor más que por causas confesables. Si yo fuese padre de familia, preferiría confiar mis asuntos a

un hombre prudente, y
no a un héroe de aventuras dudosas, etc., etc.

Pero la opinión del bello sexo, que es la que preva
lece, habíase
declarado en favor del héroe de Parthenay. Tal vez
no hubiera contado
con tan rara unanimidad si se hubiese conocido el e
pisodio del gato;
quizás también ese sexo tan encantador como injusto
habría condenado a
L'Ambert si hubiese tenido la avilantez de reaparec
er ante el mundo sin
nariz. Pero todos los testigos habían guardado la m
ayor discreción
acerca del ridículo incidente del gato, y M. L'Ambe
rt, lejos de estar
desfigurado, parecía haber ganado en el cambio.

Una baronesa observó que su fisonomía era más dulce
desde que llevaba la
nariz recta. Una vieja canonesa, dechado de malicia
, preguntó al
príncipe de B... si no haría bien en buscarle quere
lla al turco. El
aguileño príncipe gozaba de una reputación hiperbó
lica.

Alguno preguntará cómo las damas del gran mundo pod
ían interesarse en
peligros que no habían sido corridos por ellas. Los
hábitos de maese
L'Ambert eran bien conocidos, y se sabía que una gr
an parte de su
corazón y de su tiempo los empleaba en la Opera. Pe
ro el mundo perdona
fácilmente estas distracciones a los hombres que no
se entregan a ellas
por completo. Representa el papel del fuego, y se c
ontenta con lo poco
que le dan. Se agradecía a M. L'Ambert que no estuv
iese perdido más que

a medias, cuando tantos, a su edad, están perdidos del todo. No dejaba de frecuentar las casas honradas, conversaba con las viudas, bailaba con las solteras y tocaba en ocasiones el piano de una manera aceptable; no hablaba, en fin, de caballos a la moda. Estos méritos, bastante raros por cierto entre los jóvenes millonarios del faubourg, le concillaban la benevolencia de las damas. Una linda devota, la señora de L..., habíale demostrado durante tres meses que los placeres más vivos no consisten en la disipación y el escándalo.

No se crea por eso que había roto en absoluto con el cuerpo de baile; la severa lección recibida no le había hecho concebir el menor horror hacia aquella hidra de cien encantadoras cabezas. Una de sus primeras visitas fue para el templo donde brillaba la señorita Victorina Tompain. ¡Allí sí que se le tributó un recibimiento entusiasta! ¡Con qué amistosa curiosidad corrió todo el mundo a su encuentro! ¡Qué dulcísimos dictados! ¡qué apretones de manos tan cordiales! ¡Cuántos labios hechiceros se alargaron hacia él, en forma de tentador hocico, para recibir un beso amistoso, sin la menor consecuencia! El notario estaba radiante. Todos sus amigos de los días pares, todos los altos dignatarios de la francmasonería del placer, le dieron la enhorabuena por su curación milagrosa. Reinó durante todo un intermedio en aquel reino envidiable. Le hicieron referir su aventura y explicar el

tratamiento del doctor Bernier, admirando todos la habilidad con que estaban dados los puntos de sutura, que apenas se conocían.

--Imaginaos que ese excelente Bernier ha completado mi persona con la piel de un auvernés. ¡Y qué auvernés, Dios mío! ¡El más estúpido y sucio de la Auvernia! Nadie lo diría al ver el trozo de piel que me ha vendido. ¡Qué horas tan desagradables me ha hecho pasar el muy burro!... Los mozos de cordel que veis por las esquinas son petimetres al lado suyo. Pero, gracias al cielo, ya me veo libre de él. El día en que le pagué sus servicios y lo puse de patitas en la calle, se me quitó de encima un peso inmenso. Se llama Romagné, ¡bonito nombre! Jamás lo pronunciéis en mi presencia. ¡Si queréis que viva largos años, no me habléis jamás de Romagné!

La señorita Victorina Tompain no fue, por cierto, la última en cumplimentar al héroe. Ayvaz-Bey la había abandonado indignamente, dejándole cuatro veces más dinero del que valía ella. El magnánimo L'Ambert hubo de mostrarse con ella dulce y clemente.

--No os guardo rencor--le dijo,--ni a ese bravo turco tampoco. Sólo tengo un enemigo en el mundo: un auvernés llamado Romagné.

Y pronunciaba su nombre con una entonación cómica que hizo gracia a todo el mundo. Creo que aun hoy día la mayor parte de aque-

uellas señoritas

dicen: «Mi Romagné, cuando hablan de su aguador.»

De esta suerte transcurrieron los tres meses de estío. La estación fue deliciosa y casi todas las familias se ausentaron de París. La Opera viose invadida por provincianos y extranjeros. M. L'Amberet frecuentaba bastante menos que otras veces.

Casi todos los días, al sonar las seis de la tarde, despojábase de la gravedad del notario y partía para Maisons-Lafitte, donde había alquilado un chalet, y adonde acudían a verle sus amigos y hasta sus amiguitas. Jugaban en el jardín a toda clase de juegos campestres, y os garantizo que el columpio nunca holgaba.

Uno de los más asiduos y animados concurrentes era el agente de cambios, M. Steimbourg. La aventura de Parthenay habíale ligado a L'Amberet con lazos más estrechos. M. Steimbourg pertenecía a una buena familia de israelitas convertidos; su cargo valía dos millones y poseía una fortuna de medio millón, de suerte que ya se podía trabar a amistad con él. Las amantes de los dos amigos se llevaban bastante bien, lo cual equivale a decir que sólo se peleaban una vez por semana. ¡Qué bello es contemplar cuatro corazones que laten al unísono! Los hombres montaban a caballo, leían el *«Fígaro»*, o comentaban los chismes de la ciudad; las damas se echaban mutuamente las cartas, con gracia sin igual: ¡una edad de oro en miniatura!

M. Steimbourg creyó un deber presentar a su amigo a su familia.

Condújole a Bieville, donde su padre se había hecho construir un chalet.

M. L'Ambert fue recibido en él por un viejo muy verde, una señora de cincuenta años, que no había abdicado aún, y dos jovencitas

extremadamente coquetas; y a primera vista advirtió que no entraba en

una casa de fósiles. Por el contrario: tratábase de una familia moderna

y perfeccionada. Padre e hijo eran dos buenos compañeros que se daban

mutuas bromas acerca de sus calaveradas. Las muchachas habían visto

cuanto se representaba en el teatro, y leído cuanto se ha escrito. Pocas

personas conocían mejor que ellas la crónica elegante de París; les

habían sido mostradas, en el teatro y en el bosque de Boloña, las más

celebradas bellezas de todas las clases sociales; las habían llevado a

presenciar las ventas de los mobiliarios más ricos, y disertaban de la

manera más agradable sobre las esmeraldas de la señorita X... y las

perlas de la señorita Z... La mayor, la señorita Irma Steimbourg,

copiaba con verdadera pasión los trajes y sombreros de la señorita

Fargueil; la menor, había enviado a uno de sus amigos a casa de la

señorita Figeac para que le pidiese la dirección de su modista. Una y

otra eran ricas y poseían buena dote. Irma le gustó más a L'Ambert. El

apuesto notario pensaba de vez en cuando que medio millón de dote y una

mujer que sabe llevar un traje no son cosas desprec

iables. Viéronse con frecuencia, casi una vez por semana, hasta que llegaron las primeras heladas de noviembre.

Tras un otoño dulce y brillante, cayó como una teja el invierno. Es un hecho bastante conocido en nuestros climas, pero la nariz de L'Ambert dio pruebas, en esta ocasión, de una sensibilidad extraordinaria.

Enrojeciose un poco al principio, después mucho; fue ese hinchando por grados hasta tornarse deforme. Después de una partida de caza alegrada por el viento Norte, experimentó el notario intolerable comezón. Mirose en el espejo de un mesón, y desagradole en extremo el color de su nariz. A decir verdad, parecía un sabañón mal colocado.

Consolose pensando que un buen fuego le devolvería su figura natural, y, en efecto, el calor se la descongestionó y rebajó su color durante algunos momentos. Pero, al siguiente día, la comezón presentose nuevamente, los tejidos se inflamaron mucho más, y presentose de nuevo la coloración rojiza, acompañada de ciertos tintes violáceos. Ocho días sin salir de su casa, sentado delante del hogar, borraron tan fatales matices; pero reaparecieron, a pesar de las pieles de zorra azul, a la primera salida.

Muerto de susto L'Ambert, envió a buscar en seguida al doctor Bernier. Este acudió a toda prisa; diagnosticó una ligera inflamación y prescribió unas compresas de agua helada. Sin embar

go, la nariz no tuvo alivio, a pesar de la refrigeración, y el doctor no salía de su asombro al ver la persistencia del mal.

--Tal vez tenga razón Dieffembach--dijo al notario, --al asegurar que la piel puede morir por un exceso de sangre, y recomendar que se le apliquen sanguijuelas. ¡Ensayemos!

Aplicose a L'Ambert una sanguijuela en la punta de la nariz, y, cuando se desprendió, harta de sangre, reemplazóse la por otra, y así sucesivamente, dos días y dos noches. La hinchazón y la coloración desaparecieron por algún tiempo; mas sus efectos no fueron de larga duración. Fue preciso recurrir a otro expediente. Pidió M. Bernier veinticuatro horas para reflexionar, y se tomó cuarenta y ocho.

Cuando volvió al hotel de M. L'Ambert, estaba preocupado y daba muestras de una timidez excesiva, y tuvo que realizar sobre sí mismo un gran esfuerzo para decidirse a hablar.

--La medicina--dijo al fin,--no explica satisfactoriamente todos los fenómenos naturales, y vengo a someteros una teoría que carece de todo fundamento científico. Mis colegas se burlarían de mí si les dijese que un pedazo de piel arrancada del cuerpo de un hombre puede permanecer sometida a la influencia de su primitivo poseedor. No cabe duda alguna de que es vuestra propia sangre, puesta en circulación por vuestro

corazón, bajo la acción del cerebro, la que afluye a vuestra nariz; y, sin embargo, tentado estoy de creer que ese imbécil de auvernés no es extraño a estos sucesos.

M. L'Ambert lanzó una exclamación de disgusto y de sorpresa. ¡Decir que un vil mercenario, a quien había religiosamente pagado su servicio, podía ejercer una influencia oculta sobre la nariz de un funcionario público, era una impertinencia!

--Es mucho peor aun--replicó el doctor,--es un absurdo. Y, sin embargo, os pido autorización para buscar a Romagné. Tengo necesidad de verle hoy mismo, aunque no sea más que para convencerme de mi error. ¿Habéis conservado sus señas?

--¡No lo permita Dios!

--Pues bien, yo trataré de averiguarlas. Tened paciencia, no salgáis para nada de vuestra habitación, y suspended entre tanto toda medicación.

Buscó en vano durante quince días. Recurrió a la policía, que le tuvo despistado por espacio de tres semanas. Un agente útil y lleno de experiencia descubrió todos los Romagnés de París, excepto el que se buscaba. Encontró un inválido, un tratante en pieles de conejo, un abogado, un ladrón, un corredor del ramo de mercería, un gendarme y un millonario, todos de este mismo apellido. M. L'Ambert se abrasaba de

impaciencia al lado del hogar, y contemplaba con desesperación su nariz color de escarlata. Por fin se dio con el domicilio del aguador, pero éste ya no vivía en él. Los vecinos refirieron que había hecho fortuna y vendido su tonel para gozar de la vida.

M. Bernier dio una terrible batida por las tabernas y demás lugares de placer, en tanto que su enfermo permanecía sumido en la mayor melancolía.

El 2 de febrero, a las diez de la mañana, el atilda do notario calentábase tristemente los pies y contemplaba horrorizado aquella peonía florida en medio de su rostro, cuando un alegre tumulto conmovió toda la casa. Abriéronse las puertas con estrépito, de los pechos de todos los criados escapáronse gritos de alegría, y se vio aparecer al doctor, trayendo de la mano a Romagné.

Era el verdadero Romagné; pero, ¡cuán cambiado estaba! Sucio, embrutecido, feo, con la mirada apagada, el aliento mal oliente, apestando a vino y tabaco, rojo de la cabeza a los pies como un cangrejo cocido, era el prototipo del erisipelatoso.

--¡Monstruo!--le dijo M. Bernier,--se te debería caer la cara de vergüenza. Has descendido a un nivel más bajo que el de los brutos. Conservas todavía la cara del hombre, pero no su color. ¡En qué has empleado la fortunita que te proporcionamos? Te has revolcado en el

cieno de todos los vicios, y te he encontrado en la
s afueras de París,
tirado como un cerdo en el suelo de la taberna más
inmunda.

El auvernés elevó hasta el doctor su mirada, y le d
ijo con su amable
acento, embellecido con este dejo propio del pueblo
bajo parisiense:

--¡Y bien, qué! Que he empinado un poco el codo. ¿E
s acaso una razón
para decirme esa sarta de necedades?

--¿A qué llamas necedades, majadero? Te reprocho tu
s torpezas. ¿Por qué
no colocaste tu dinero a interés en vez de bebértel
o?

--¡Fue el señor quien me dijo que me divirtiese!

--¡Tunante!--exclamó el notario,--¿fui yo quien te
aconsejó que te
fueses a emborrachar fuera de las fortificaciones,
con aguardiente y
vino tinto?

--Cada uno se divierte como puede... He estado con
mis camaradas.

--¡Vaya unos camaradas!--dijo el médico, no pudiend
o reprimir un
movimiento de cólera.--¿De manera, truhán, que llev
o a cabo una cura
maravillosa, que me llena de gloria y esparce por P
arís mi bien ganada
fama, y que acabará por abrirme las puertas del Ins
tituto, y tú, en
unión de unos cuantos borrachos de tu misma calaña,
vais a hacer
zozobrar la más divina de mi obras? ¡Si sólo se tra
tase de ti,

grandísimo bellaco, te dejaríamos obrar como quisieses! Es un verdadero suicidio físico y moral; pero un auvernés más o menos poco importa a la sociedad. ¡Pero se trata de un hombre de mundo, de un rico, de tu bienhechor, de mi cliente! Tú lo has comprometido, desfigurado, asesinado con tu mala conducta. ¡Mira bien en qué estado lamentable has puesto al señor el rostro! El infeliz contempló la nariz que había contribuido a formar, y rompió en amargo llanto.

--Es una verdadera desgracia, señor Bernier; pero pongo a Dios por testigo de que no he tenido yo la culpa. Esa nariz se ha deteriorado ella sola. Yo soy un hombre honrado, y os juro que no he puesto mi mano en ella.

--¡Imbécil!--tronó M. L'Ambert,--jamás comprendes las cosas... por más que, en realidad, no es menester que comprendas. Se trata únicamente de que digas sin rodeos si quieres cambiar de conducta y renunciar a esa vida de crápula que me mata de rechazo. Te prevengo que tengo el brazo muy largo, y que, si persistes en tus vicios, sabré ponerte pronto a buen recaudo.

--¿Preso?

--Preso.

--¿Preso entre los criminales? ¡Gracias, señor L'Ambert! ¡Eso sería la deshonra de mi familia!

--¡Seguirás bebiendo, o no?

--¡Ah, Dios mío! ¿cómo beber cuando no se tiene dinero? Todo lo he gastado ya, señor L'Ambert. Me he bebido los dos mil francos íntegros; me he bebido mi tonel y cuánto poseía, y no hay un alma en la tierra que ya quiera abrirme crédito.

--Me alegro, perillán; hacen todos muy bien.

--Tendré que ser juicioso a la fuerza. La miseria me amenaza, señor L'Ambert.

--¡Te repito que me alegro!

--¡Señor L'Ambert!

--¿Qué?

--Si tuvieseis la bondad de comprarme un tonel nuevo para ganarme la vida honradamente, os juro que volvería a ser un buen sujeto.

--¡Buena fuera! Lo venderías al día siguiente para emborracharte.

--No, señor L'Ambert, ¡os lo juro por mi honor!--Esos son juramentos de borracho.

--¿Queréis entonces que me muera de hambre y sed? ¡Un centener de francos, mi buen señor L'Ambert!

--¡Ni un solo céntimo! La Providencia te puso en mi camino para devolver a mi rostro su aspecto natural. Bebe agua, come pan seco, prívate de lo

más necesario, muérete de hambre, si puedes; sólo a ese precio podré recobrar mis facciones y volveré a ser el mismo.

Romagné inclinó la cabeza y retiróse arrastrando los pies y saludando a los presentes.

El notario recuperó su alegría y el médico sus ensueños de gloria.

--No quiero alabarme a mí mismo--decía modestamente M. Bernier,--pero Leverrier descubriendo un planeta por la fuerza del cálculo, no ha realizado un milagro tan grande como yo. Adivinar, por el aspecto de vuestra nariz, que un auvernés ausente y perdido en la baraúnda de un París, se halla entregado a la crápula, es remontarse desde el efecto a la causa por caminos que la audacia del hombre no había intentado aún. En cuanto al tratamiento de vuestra enfermedad, se halla indicado por las circunstancias. La dieta aplicada a Romagné es el único remedio que puede curaros. La suerte ha venido a servirnos de un modo maravilloso, puesto que este animal se ha comido hasta su último céntimo. Habéis hecho perfectamente en negarle el socorro que os pedía: todos los esfuerzos del arte serán vanos mientras tenga que beber ese hombre.

--Pero, doctor--le interrumpió L'Ambert,--¿y si no fuera ese el origen de mi mal? ¿y si sólo se tratase de una coincidencia fortuita? ¿No habéis dicho vos mismo que a veces la teoría...?

--He dicho, y lo repito, que en el estado actual de los conocimientos humanos, vuestro caso no admite ninguna explicación lógica. Es un hecho cuya ley se desconoce. La relación que hoy hallamos entre vuestra nariz y la conducta de este auvernés, nos abre una perspectiva, engañosa tal vez, mas, sin duda alguna, inmensa. Esperemos algunos días: si vuestra nariz se cura a medida que Romagné se enmienda, se verá reforzada mi teoría por una nueva probabilidad. No respondo de nada; pero presiento una ley fisiológica, hasta aquí desconocida, y que me consideraré muy feliz si puedo formularla. El mundo de las ciencias se halla lleno de fenómenos visibles producidos por causas desconocidas. ¿Por qué la señora de L..., a quien conocéis como yo, tiene en el hombro izquierdo una cereza perfectamente pintada? ¿Es, acaso, como dicen, porque, hallándose encinta su madre, sintió ésta grandes deseos, que no pudo satisfacer, de comerse una cesta de cerezas expuestas en el escaparate de Chevet? ¿Qué artista invisible ha dibujado esta fruta sobre el cuerpo de un feto de seis semanas, del tamaño de un langostino mediano? ¿Cómo explicar esta acción especial de lo moral sobre lo físico? ¿Y por qué la cereza de la señora de L... adquiere cierta tumefacción y sensibilidad en el mes de abril de cada año, cuando están flor los cerezos? He aquí unos hechos ciertos, evidentes, palpables, y tan inexplicables como la hinchazón y rubicundez de vuestra nariz. ¡Pero

tengamos paciencia!

Dos días después la hinchazón la nariz del notario cedía de un modo visible, pero su color rojo persistía. Al final de la semana, su volumen habíase reducido más de una tercera parte. Al cabo de quince días, perdió por completo la piel, crió seguida otra nueva, y recuperó su forma y color primitivos.

El triunfo del doctor era evidente.

--Mi único sentimiento--decía,--es que no hayamos guardado a Romagné en una jaula, para observar en él, al mismo tiempo que en vos, los efectos del tratamiento. Estoy seguro que ha estado, durante siete u ocho días, cubierto de escamas como un pez.

--¡Que el diablo cargue con él!--observó cristianamente el notario.

Este, a partir de aquel día reanudó su vida ordinaria: salió carruaje, a caballo, a pie; danzó los bailes del faubourg, y embelleció con su presencia el _foyer_ de la Opera. Todas las mujeres lo acogieron perfectamente, en el mundo y fuera de él. Una de las que más tiernamente le felicitaron por su curación fue la hermana mayor de su amigo Steimbourg.

Esta amabilísima joven, que tenía costumbre de mirar a los hombres cara a cara, observó que M. L'Ambert había salido de la última crisis más hermoso que nunca. Y en realidad, parecía como si a

quellos dos o tres
meses de enfermedad hubiesen dado a su rostro un no
sé qué de perfecto.
La nariz, sobre todo, aquella nariz recta, que acab
aba de recuperar sus
ordinarias dimensiones después de una dilatación ex
cesiva, parecía más
fina, más blanca y más aristocrática que nunca.

Esta era también la opinión del acicalado notario,
que se contemplaba en
todos los espejos con una creciente admiración de s
u persona. ¡Había que
verlo frente a frente de su imagen, sonriendo, endi
osado, a su propia
nariz!

Pero a la vuelta de la primavera, en la segunda qui
ncena de marzo,
mientras la generosa savia hacía retoñar las lilas,
llegó a creer M.
L'Ambert que sólo a su nariz le eran negados los be
neficios de la
estación y las bondades de la naturaleza. En medio
del renacimiento
general de todas las cosas, palidecía como una hoja
de otoño. Sus alas,
adelgazadas y como desecadas por el viento del desi
erto, adosábanse cada
vez más a su tabique central.

--¡Demontre!--decía el notario, haciéndole una muec
a al espejo,--la
distinción es cosa bella, lo mismo que la virtud; p
ero esto ya es
demasiado. Mi nariz va adquiriendo una elegancia in
quietante, y, si no
trato de darle alguna fuerza y color, muy pronto no
será que una sombra.

Diose en ella un poco de colorete; pero sólo logró
hacer resaltar más

aun finura increíble de aquella línea recta y sin espesor que dividía su rostro en dos mitades. La fantástica nariz del desesperado notario hacía recordar la varilla de hierro que proyecta su cortante sombra sobre la esfera de los relojes de sol.

En vano sometiose a un régimen más alimenticio el indignado millonario de la calle de Verneuil. Considerando que una buena alimentación, digerida por un estómago sólido, aprovecha por igual a todas las partes del cuerpo, se impuso la dulce ley de embaularse sendas tazas de caldo, sendos tajos de carne ensangrentada, regados con los más generosos vinos. Decir que estos manjares elegidos no le hicieron efecto, sería negar la evidencia y blasfemar de las comidas regaladas. M. L'Ambert adquirió en poco tiempo hermosos mofletes rojos, un pescuezo muy digno de cualquier ternero apoplético y una respetable panza. Pero la nariz parecía una especie de socio negligente o desinteresado, que no se ocupa en cobrar sus dividendos.

Cuando un enfermo no puede comer ni beber, se le sostiene a veces por medio de baños alimenticios, que penetran a través de los poros de la piel hasta los centros vitales. M. L'Ambert trató a su nariz como a un enfermo a quien es preciso alimentar por separado a cualquier precio. Adquirió una bañera de plata sobredorada, y, seis veces al día, introducía en ella y la mantenía pacientemente sumergida en sendos

baños de leche, de vino de Borgoña, de caldo substancioso y hasta de salsa de tomates. ¡Trabajo perdido! la enferma salió a del baño tan pálida y delgada y en estado tan deplorable como estaba antes de entrar.

Todas las esperanzas parecían ya perdidas, cuando un día M. Bernier diose un golpe en la frente y exclamó:

--¡Pero si hemos cometido una falta imperdonable! ¡un error digno de colegiales! ¡y he sido yo! ¡yo mismo, cuando este hecho constituye una confirmación aplastante de mi teoría...! No lo dudéis, caballero: el auvernés está enfermo, y es preciso curarle a él para que sanéis vos.

El desdichado L'Ambert mesose los cabellos. ¡Cuánto se arrepintió de haber plantado a Romagné de patitas a la calle, y de haberse negado a socorrerle, y olvidado el quedarse con sus señas! Representábase al pobre diablo consumiéndose sobre un camastro, sin pan, sin rosbif y sin vino de Châteaux-Margaux. Esta idea destrozaba su corazón. Asociábase a los dolores del infeliz mercenario. Por primera vez en su vida compadeciose de los sufrimientos del prójimo.

--¡Doctor, querido doctor!--exclamó, estrechando la mano de Bernier,--¡daría toda mi fortuna por salvar a ese valiente muchacho!

Cinco días después, el mal había avanzado más aun. La nariz no era más que una película flexible, que se plegaba bajo el p

eso de las gafas,
cuando M. Bernier vino a decirle que había encontra-
do al auvernés.

--¡Victoria!--exclamó entusiasmado el notario.

El cirujano encogiose de hombros y contestó que la
victoria parecíale
dudosa por lo menos.

--Mi teoría--añadió,--está plenamente confirmada, y
, como fisiólogo,
tengo que declararme satisfecho; pero, como médico,
quisiera ante todo
curaros, y el estado en que he visto a ese infeliz
no me inspira
demasiadas esperanzas.

--¡Vos le salvaréis, doctor!

--Por lo pronto, no me pertenece actualmente: se en-
cuentra al servicio
de un colega mío que le estudia con cierta curiosi-
dad.

--Ya lograréis que os lo ceda. ¡Lo compraremos, si
es preciso!

--¡No soñéis siquiera en eso! Un médico no vende nu-
nca a sus enfermos.
Los mata algunas veces, en interés de la ciencia, p-
ara ver qué tienen
dentro; pero traficar con ellos... ¡jamás! Mi amigo
Fogatier me cederá,
tal vez, vuestro auvernés; pero el pobre está muy e-
nfermo, y, para colmo
de desgracia, se halla tan aburrido de la vida, que
quiere a todo trance
morirse. Rechaza las medicinas, y, en cuanto a los
alimentos, tan pronto
se queja de no tener suficiente, y reclama a grande
s voces su ración

entera, como rechaza cuanto le dan, y trata de matarse por hambre.

--¡Pero eso es un crimen! ¡Yo le hablaré! ¡yo le haré oír el lenguaje de la religión y la moral! ¿Dónde se encuentra?

--En el hospital, sala de San Pablo, número 10.

--¿Tenéis vuestro carruaje a la puerta?

--Sí.

--Pues partamos. ¡Ah, infame! ¡quiere morirse! ¿Ignora por ventura que todos los hombres son hermanos?

VI

HISTORIA DE UNAS GAFAS Y CONSECUENCIAS DE UN CATARRO NASAL

Jamás predicador alguno, jamás Bossuet ni Fenelón, jamás Massillon ni Fléchier, jamás el mismo Mermilliod, desplegaron desde su sagrada cátedra una elocuencia más persuasiva y untuosa que la empleada por M. Alfredo L'Ambert ante el lecho de Romagné. Dirigios e primero a la razón, después a la conciencia, y por último al corazón del enfermo. Recurrió a lo profano y lo sagrado, citó textos de filósofos y santos. Mostrose fuerte y benigno, severo y paternal, lógico, acariciador y hasta complaciente. Demostrole que el suicidio es el más bochornoso de los

crímenes, y que era menester ser bien cobarde para
afrontar
voluntariamente la muerte. Hasta se atrevió a emple
ar una metáfora tan
nueva como atrevida, comparando el suicida, al dese
rtor que abandona su
puesto sin permiso de su cabo.

El auvernés, que no había tomado nada en las última
s veinticuatro horas,
parecía bien aferrado a su idea. Permanecía inmóvil
y terco ante la
muerte, como un asno ante un puente. A los argument
os más hábiles,
respondía con impasible dolor:

--No vale la pena, señor L'Ambert; hay demasiada mi
seria en este mundo.

--¡Bah, amigo mío! la miseria fue instituida por Di
os, que la creó para
excitar la caridad de los ricos y la resignación de
los pobres.

--¿Los ricos? He pedido trabajo a todo el mundo, y
me ha sido negado en
todas partes. ¡He pedido limosna y me han amenazado
con la policía!

--¿Por qué no os dirigisteis a vuestros amigos? ¡A
mí, por ejemplo! ¡a
mí, que tanto os debo! ¡a mí, que tan agradecido os
estoy! ¡a mí, que
por mis venas corre vuestra propia sangre!

--¡En seguida! ¡para que me hicieseis poner nuevame
nte de patitas en la
calle!

--¡Mis puertas estarán siempre abiertas para vos, l
o mismo que mi
bolsillo, igual que mi corazón!

--¡Si siquiera me hubieseis dado cincuenta francos para comprarme un tonel de ocasión!

--¡Pero, animal!... animal querido, quiero decir...
¡permíteme que te maltrate un poco, como en los tiempos en que compartía contigo mi mesa y mi lecho! no son ya cincuenta francos los que pienso darte, sino mil, dos mil, tres mil... ¡diez mil! mi fortuna entera deseo compartirla contigo... a prorratio, naturalmente, de nuestras necesidades respectivas. ¡Es preciso que vivas! ¡es menester que seas feliz! He aquí la primavera que vuelve, con su cortejo de flores y la dulce melodía de las aves que trinan en la enramada. ¿Serás capaz de abandonar todo esto?
¡Piensa en el inmenso dolor que ocasionarías a tus infelices padres, que te aguardan en tu país! ¡piensa en tus pobres hermanos! ¡en tu madre, sobre todo, amigo mío, que no podría sobrevivirte!
¡Volverás a verlos a todos! O, mejor dicho, no: permanecerás en París bajo mi protección, conviviendo conmigo en la intimidad más estrecha. Quiero verte dichoso, casado con una mujer bonita y hacendosa, padre de dos o tres hermosas criaturas. ¡Sonríe, hombre, sonríe! ¡Toma este plato de sopas!

--¡Gracias, señor L'Ambert. Guardaos esas sopas; ¿para qué las he de tomar? ¡Hay tanta miseria en el mundo!

--Pero, hombre, ¿no te juro que se han acabado ya tus malos días para

siempre? ¿que me encargo de tu porvenir, bajo mi fe de notario? Si accedes a vivir, se acabarán tus sufrimientos, no volverás a trabajar, ¡tus años constarán de trescientos sesenta y cinco domingos!

--¿Sin lunes?

--Y de lunes también, si lo prefieres. Comerás, beberás, fumarás buenos habanos. Serás mi comensal, mi amigo inseparable, mi otro yo. ¿Quieres vivir, Romagné, para ser un segundo yo?

--No, no; ya que he comenzado a morir, lo mejor es acabar cuanto antes.

--¡Ah, pedazo de alcornoque! ¡Voy a contarte, animal, el destino que te aguarda! No se trata ya solamente de las penas eternas que en tu obstinación endiablada acercas más a ti cada minuto; en este mundo, aquí mismo, mañana, quizás hoy, antes de ir a pudrirte a la fosa común, te llevarán al anfiteatro. Te tenderán sobre una mesa de piedra, y partirán tu cuerpo en pedazos. Uno henderá, a fuerza de hachazos, tu abultada cabeza de mulo; otro te abrirá el pecho en canal para ver si es posible que exista un corazón dentro de tan estúpida envuelta; otro...

--¡Por favor, señor L'Ambert, que no quiero que me corten a pedazos!
¡prefiero comer las sopas!

Tres días de sopas y su robusta constitución arrancáronle de aquel amargo trance, y fue posible transportarle en carru

aje al hotel de la calle de Verneuil. El mismo M. L'Ambert lo instaló con solicitud maternal. Alojolo en la habitación de su propio ayuda de cámara, para tenerle más cerca. Por espacio de un mes ejerció con verdadera abnegación las funciones de enfermero, pasando bastantes noches en claro, a la cabecera de su lecho.

Estas fatigas, lejos de alterar su salud, devolvieron a su rostro su frescura y lozanía habituales. Cuanta mayor asiduidad desplegaba en el cuidado de su enfermo, más lozana y vigorosa tornábase su nariz. Repartía su vida entre el estudio, el auvernés y el espejo. En este período fue cuando escribió, distraídamente, sobre el borrador de una escritura de venta: «¡Qué dulce es hacer bien a su prójimo!» Máxima un poco vieja en sí misma, pero nueva en absoluto para él.

Cuando entró Romagné en el período de franca convalecencia, su huésped y salvador, que tantas veces le había trozado el pan y partido los biftecs, le dijo:

--A partir de este momento, comeremos siempre juntos. Sin embargo, si prefieres comer en la cocina, también serás allí perfectamente alimentado, y es posible, tal vez, que te encuentres más a gusto.

Romagné, a fuer de hombre juicioso, obtuvo por la cocina.

Supo conducirse en ella de tal suerte, que se captó la simpatía y el aprecio de todos. Lejos de prevalerse de la amistad que le unía con el amo, mostrose más humilde y más modesto que el último marmitón. Era un criado que M. L'Ambert había puesto a sus servidores. Todo el mundo utilizaba sus servicios, se burlaba de su acento y le daba palmadas amistosas a la espalda, sin que a nadie se le ocurriese darle nunca una propina. M. L'Ambert lo sorprendió varias veces sacando agua, cambiando de sitio los muebles más pesados, encerando los pisos de madera. En tales ocasiones le tiraba de la oreja aquel amo ideal, y le decía:

--Entretente, si quieres, no hay en ello inconveniente por mi parte; pero no te fatigues demasiado.

El infeliz muchacho, confundido por tantas bondades, se escondía en su habitación y lloraba de ternura.

Pero no pudo conservar por mucho tiempo aquel cuarto tan cómodo y aseado, contiguo a las habitaciones del amo. M. L'Ambert le hizo saber, de un modo delicado, que echaba mucho de menos la vecindad de su ayuda de cámara, y el mismo Romagné solicitó autorización para alojarse en las buhardillas, adjudicándosele entonces un cuartucho que las freganchinas no habían querido nunca.

«¡Dichosos los pueblos que no tienen historia!» ha dicho un sabio. Sebastián Romagné fue dichoso por espacio de tres m

eses; pero, al
comenzar el verano, empezó a tener historia. Su corazón, largo tiempo
invulnerable, fue herido por las flechas del amor. El antiguo aguador
entregose, atado de pies y manos, al dios que perdió a Troya. Advirtió,
mientras preparaba las legumbres, que la cocinera tenía unos ojillos
grises muy bonitos, y unos mofletes rojos muy hermosos. Un suspiro,
capaz de echar a rodar las mesas, fue la primera manifestación de su
mal. Quiso explicarse, pero ahogó la emoción en su garganta las
palabras. Apenas si, en su excesiva timidez, se atrevió a aprisionar a
su Dulcinea por el talle, y a besarle los labios con pasión.

Esto bastó, sin embargo, para que lo comprendieran. Era la cocinera una
persona capaz, que le llevaba a él siete u ocho años, y ya bastante
ducha en las lides del amor.

--Ya me hago cargo--le dijo ella;--deseáis casaros conmigo.
Perfectamente, amigo mío; podremos entendernos si traéis algo por
delante.

Él respondió ingenuamente que traía por delante todo lo que puede
exigirse a un hombre, es decir: dos brazos vigorosos y acostumbrados al
trabajo. La señorita Juanita riósele en sus barbas y habló con más
claridad; él a su vez soltó la carcajada, y le dijo, con la más amable
confianza:

--¿Pero es dinero lo que deseáis? Deberíais haberlo dicho desde luego.

¡Tengo más dinero que peso! ¿Cuánto deseáis? Fijad vos misma la suma.

¿Os contentaríais, por ejemplo, con la mitad de la fortuna del señor

L'Ambert?

--¿La mitad de la fortuna del amo?

--Ciertamente. Me lo ha dicho más de cien veces. Yo poseo la mitad de su fortuna; pero no hemos repartido el dinero todavía: me tiene guardada mi parte.

--¡Qué gran majadería!

--¿Majadería? Esperad, que ahora entra él. Voy a pedirle mi cuenta y os traeré a la cocina todo mi capital.

¡Pobre inocente! sólo obtuvo de su amo una buena lección de gramática parda. M. L'Ambert le enseñó que prometer y dar no son palabras sinónimas; dignose explicarle (porque estaba de buen humor) los méritos y peligros de la figura llamada hipérbole; y le dijo, por último, con, tono dulce, es verdad, pero tan firme que no admití a réplica:

--Romagné, he hecho mucho por vos, pero quiero hacer más todavía al alejaros de este hotel. El simple buen sentido os dice que no os halláis en él en calidad de dueño; quiero llevar mi bondad hasta el extremo de admitir que estéis en él como un ayuda de cámara; en fin, me parece que os haría un gran perjuicio manteniéndoos en una sit

uación mal definida
que pervertiría vuestros hábitos y falsearía vuestro
o espíritu. Llevando
un año más esa vida parasitaria y ociosa, perderíais
por completo el
amor al trabajo. Os convertiríais en un vago, y los
vagos, permitidme
que os lo diga, son el azote de nuestra época. Pone
os la mano sobre
vuestra conciencia, y decidme si os agrada semejante
perspectiva. ¡Pobre
Romagné! ¿No habéis echado de menos muchas veces el
título de obrero,
que es vuestro más noble blasón? Porque vos sois de
aquellos seres que
la Providencia ha creado para ennoblecerse con el sudor
de su frente;
pertenecéis a la aristocracia del trabajo. Trabajad
, pues; no ya como
otras veces, entre privaciones y dudas, sino con una
seguridad que yo
garantizo y una abundancia proporcionada a vuestras
modestas
necesidades. Yo saldré a los gastos de la primera
instalación; yo os
procuraré trabajo. Si, lo que no considero posible,
os faltasen los
medios de existencia, acudid a mí en seguida, que siempre
os acogeré con
afecto paternal. Pero renunciad al absurdo proyecto
de casaros con mi
cocinera, porque no debéis enlazar vuestra suerte a
la de una simple
criada, y no quiero, por otra parte, chiquillos en
mi casa.

El infeliz lloró copiosamente y se deshizo en protestas
de sincero
agradecimiento. Debo decir, en descargo de M. L'Ambert,
que hizo las
cosas con bastante generosidad. Vistió de pies a cabeza
a Romagné,

amueblóle un quinto piso, en la calle del Cherche-Midi, y le dio quinientos francos para que fuese viviendo mientras le encontraba trabajo. Aún no habían transcurrido ocho días, cuando le hizo entrar, como peón de albañil, en una fábrica de espejos de la calle de Sèvres.

Transcurrió mucho tiempo, seis meses por lo menos, sin que la nariz del notario sufriese la menor novedad digna de especial mención. Pero un día en que nuestro funcionario descifraba, en compañía de su oficial mayor, los pergaminos de una noble y rica familia, rompiéronsele por la mitad las gafas, y cayeron sobre la mesa.

Este pequeño accidente no le causó grandes molestias. Púsose provisionalmente unos quevedos con resorte de acero, e hizo cambiar el armazón de sus gafas en el muelle de los Plateros. Su óptico, M. Luna, apresurose a pedirle mil perdones, enviándole unas gafas nuevas, que se rompieron también por igual sitio antes de transcurrir veinticuatro horas.

Otras terceras sufrieron la misma suerte; trajeron por cuarta vez otras nuevas, y les ocurrió en seguida otro tanto. El óptico no sabía ya cómo excusarse. En el fondo de su alma, hallábase persuadido de que M. L'Ambert tenía la culpa de todo.

--Este señor no es razonable--decía a su mujer, mostrándole los estragos de los cuatro últimos días;--usa gafas del número 4

, que son
forzosamente muy pesadas; quiere por coquetería una
montura muy
liviana, y tengo la seguridad de que trata a sus ga
fas como si fueran de
hierro forjado. Si le hago la menor observación se
enfadará; lo mejor
será que le envíe otras nuevas con la montura más r
ecia, sin decirle una
palabra.

La señora de Luna encontró la idea excelente; pero
las quintas gafas
corrieron la misma suerte que las cuatro precedente
s. Esta vez, M.
L'Ambert montó en cólera, a pesar de no habérsele h
echo ninguna
observación, y mandó a buscar otras gafas a un esta
blecimiento rival.

Pero hubiérase dicho que todos los ópticos de París
se habían puesto de
acuerdo para que se rompiesen sus gafas en la nariz
del pobre
millonario. Nada menos que doce sufrieron igual sue
rte, unas tras otras.
Y lo más maravilloso del caso era que los lentes de
resorte de acero,
que reemplazaban a las gafas durante los interregno
s, manteníanse
vigorrosos y firmes.

Ya sabéis que la paciencia no era la virtud favorit
a de M. Alfredo
L'Ambert. Hallábase un día furioso, pateando sobre
unas gafas,
haciéndolas pedazos con sus tacones, cuando le anun
ciaron la visita del
doctor Bernier.

--¡Demontre! llegáis a tiempo--exclamó el notario,
colérico.--¡Estoy,

por lo visto, hechizado! ¡el diablo ha tomado posesión de mi persona!

Las miradas del doctor fijáronse en seguida en la nariz de su cliente; pero encontrándola, al parecer, sana, de buen aspecto, y fresca como una rosa.

--Me parece--observó,--que marcha todo muy bien.

--De salud, sí, en efecto: me encuentro perfectamente; pero estas gafas endiabladas no hay forma de que se mantengan enteras.

Y refirió al doctor toda la historia.

Este se quedó pensativo, y dijo al cabo de un rato:

--El auvernés anda por medio. ¿Tenéis aquí alguna de las monturas rotas?

--Debajo de mis pies tengo la última.

Recogióla M. Bernier, examinola con una lente, y le pareció que el oro estaba como argentado en los alrededores del sitio de la rotura.

--¡Diablo!--exclamó.--¿Habrás hecho Romagné alguna calaverada?

--¿Qué calaveradas queréis que haya hecho?

--¿Le tenéis todavía en vuestra casa?

--No; el pillo me ha abandonado. Trabaja en la ciudad.

--Espero, sin embargo, que esta vez habréis conserv

ado sus señas.

--Sin duda. ¿Queréis verle?

--Cuanto antes.

--¿Hay algún peligro tal vez? ¡Yo me hallo perfectamente!

--Vamos, por lo pronto, a casa de Romagné.

Un cuarto de hora después nuestros dos personajes descendían a la puerta de los señores Taillade y Compañía, en la calle de Sèvres. Una amplia muestra, fabricada con trozos de cristal azogado, indicaba claramente el género de industria a que se dedicaba la casa.

--Henos aquí--dijo el notario.

--¡Cómo! ¿está empleado el auvernés en este establecimiento?

--Sin duda alguna: yo mismo le he buscado esta colocación.

--Vamos, el mal no es tan grande como llegué a suponer. Pero, de todas maneras, habéis cometido una imprudencia imperdonable.

--¿Qué queréis decir?

--Entremos.

La primera persona que encontraron en el interior del edificio fue al auvernés, en mangas de camisa, los puños arremangados, azogando la luna de un espejo.

--¡Hola!--exclamó el doctor,--lo que yo había previsto.

--¿Pero qué?

--Que se azogan las lunas con una capa de mercurio aprisionada bajo una hoja de estaño, ¿comprendéis?

--Todavía no.

--Vuestro animal tiene los brazos embadurnados de mercurio hasta los codos; ¿qué digo? hasta las axilas.

--Mas no veo la relación...

--¿No veis que, siendo vuestra nariz una fracción de su brazo, y poseyendo el oro una deplorable tendencia a amalgamarse con el mercurio, jamás podréis evitar que se os rompan vuestras gafas?

--¡Demontre!

--Tenéis, sin embargo, el recurso de usar gafas con montura de acero.

--Me es lo mismo.

--En ese caso, no corréis peligro alguno, salvo, quizás, algunos accidentes mercuriales.

--¡Ah, no! Prefiero que Romagné trabaje en otra cosa. ¡Ven, Romagné! Deja lo que estás haciendo y vente con nosotros al instante. ¿Quieres acabar de una vez, pedazo de zopenco? ¿No sabes a lo que me expones?

Habiendo acudido el dueño del taller al escuchar el rumor de la conversación, dio el notario su nombre, con tono bastante infatuado, y recordó que él había recomendado a aquel hombre por mediación de su tapicero. M. Taillade respondió que lo recordaba muy bien, y explicole que, para hacerse agradable a M. L'Ambert, y captar su benevolencia, había promovido al auvernés de peón de albañil a azogador.

--¿Hace quince días de eso?--preguntóle el notario.

--Sí, señor, ¿lo sabíais ya?

--¡Demasiado, por desgracia! ¡Ah, señor! ¿cómo puede jugarse con cosas tan sagradas?

-¿Yo...?

--No, nada. Pero por mí, por vos, por la sociedad toda entera, ponedle nuevamente a trabajar de albañil; pero no, mejor será que me lo devolváis; me lo llevaré conmigo. Pagaré lo que sea necesario, pero el tiempo apremia. ¡Prescripción facultativa!... Romagné, amigo mío, es preciso que me sigáis. Habéis hecho vuestra fortuna; ¡cuanto tengo os pertenece!... ¡No! pero venid de todos modos; ¡os juro que no quedaréis descontento de mí!

Y sin dejarle apenas tiempo para cambiarse de traje, llevóselo como arrebató el ave de rapiña a su presa. M. Taillade y sus obreros

tomáronle por un loco. El bueno de Romagné levantab
a los ojos al cielo,
y se preguntaba qué querrían de él otra vez.

Su destino fue decidido durante el camino, mientras
él cazaba moscas al
lado del cochero.

--Mi querido cliente--decía el doctor al millonario
,--es preciso que no
perdáis nunca de vista a ese muchacho. Comprendo qu
e le hayáis arrojado
de vuestra casa, porque, a decir verdad, su trato n
o debe ser muy
agradable; pero no debisteis alejarle tanto, ni pas
ar tanto tiempo sin
procuraros noticias de él. Alojadle en la calle de
Beaune, o en la de la
Universidad, próximo a vuestro hotel. Dedicadle a u
n oficio menos
peligroso para vos, o mejor, si queréis, pasadle un
a pequeña pensión sin
darle ningún oficio: si trabaja, se fatiga y se exp
one. No conozco
oficio alguno en que el hombre no exponga su piel ;
es tan fácil, por
desgracia, un accidente! Dadle lo suficiente para q
ue pueda vivir sin
hacer nada. ¡Guardaos bien, sin embargo, de tenerle
en la abundancia!
Volvería a beber, y ya sabéis las consecuencias fat
ales que os reporta a
vos ese vicio. Con cien francos al mes, y la casa p
agada, creo que
tendrá suficiente.

--Tal vez sea demasiado... no porque me parezca la
cantidad excesiva,
sino porque preferiría darle de comer sin que pudie
ra emplear un solo
céntimo en vino.

--Dadle, pues, cuatro luises, pagados en cuatro plazos: los martes de cada semana.

Ofrecieron a Romagné una pensión de ochenta francos mensuales, pero el auvernés respondió con desprecio, rascándose la oreja:

--¿Ochenta francos nada menos? ¡Para eso no valía la pena que me arrancaseis de la calle de Sèvres! Allí ganaba tres francos y medio diarios, y enviaba dinero a mi familia. Dejadme trabajar en los espejos, o dadme tres francos y medio.

Y no hubo más remedio que acceder, puesto que era el dueño de la situación.

Pronto comprendió el notario que había adoptado el partido más prudente. El año transcurrió sin accidente alguno. Se pagaba a Romagné todas las semanas, y se le vigilaba diariamente. Vivía honradamente, llevando una existencia tranquila, sin más pasión que el juego de bolos. Y los hermosos ojos de la señorita Irma Steimbourg se posaban con visible complacencia sobre la rosada nariz del dichoso millonario.

Los dos jóvenes bailaron juntos todos los cotillones del invierno; por eso el mundo daba ya por descontada su boda. Una noche, a la salida del Teatro Italiano, el anciano marqués de Villemaurin detuvo en el peristilo a L'Ambert.

--Y bien, amigo mío--le dijo,--¿cuándo celebráis vuestras bodas?

--Pero, señor marqués, si es la primera noticia que tengo sobre ese particular.

--¿Esperáis, por ventura, que os pidan vuestra mano? ¡Al hombre toca hablar, qué demontre! El joven duque de Lignant, un verdadero caballero y un excelente muchacho, no ha esperado a que yo le ofreciese mi hija: ha venido, ha agradado, y se acabó. De hoy en ocho días firmaremos el contrato. Ya sabéis, querido amigo, que es asunto que os atañe. Permitidme que acompañe a esas señoras hasta el coche, y nos acercaremos al círculo. Por el camino hablaremos. Pero cubríos, ¡qué diablo! No había visto que permanecíais con el sombrero en la mano. ¡Cuando menos se piensa se atrapa un resfriado!

El anciano y el joven caminaron del brazo hasta el bulevar, uno hablando y el otro prestándole atención. Y L'Ambert entró en su casa dispuesto a redactar el contrato de matrimonio de la señorita Carlota Augusta de Villemaurin. Pero había pillado un terrible constipado, que no le permitió hacer nada. El acta fue redactada por su oficial mayor, revisada por los encargados de los negocios de ambas familias, y transcrita, por último, en un elegante cuaderno de papel timbrado, en el que no faltaban más que las firmas.

Llegado el día, M. L'Ambert, esclavo de sus deberes

, trasladose en
persona al hotel de Villemaurin, a pesar de una per-
sistente coriza que
amenazaba saltarle los ojos de sus órbitas. Sonose
las narices por
última vez en la antecámara, y los lacayos temblaro-
n en sus asientos
cual si hubiesen oído la trompeta del juicio final.

Un criado anunció a M. L'Ambert. Llevaba puestas su-
s costosas gafas de
oro, y sonreía gravemente, cual convenía en semejan-
tes circunstancias.

Con su historiada corbata, sus guantes impecables,
sus zapatos de baile,
el sombrero debajo del brazo izquierdo, y el contra-
to en la mano
derecha, fue a presentar sus respetos a la marquesa
, atravesó con
modestia el círculo formado por los que la rodeaban
, inclinose ante
ella, y le dijo:

--Cheñora marquecha, aquí teneich el contrato de bo-
da de vuechtra
cheñorita hija.

La señora de Villemaurin fijó en él sus ojos espant-
ados. Un ligero
murmullo elevose entre los circunstantes. M. L'Ambe-
rt saludó de nuevo, y
añadió:

--¡Dioch mío! cheñora marquecha, que día tan felich
va a cher echte para
todoch!

Una mano vigorosa asióle por el brazo izquierdo, ha-
ciéndole girar sobre
sí mismo. Volvióse, y reconoció al marqués.

--Mi querido notario--le dijo éste, arrastrándole hasta un rincón,--el carnaval permite indudablemente muchas cosas; pero recordad quien sois, y cambiad de tono si os place.

--Pero, cheñor marquech...

--¡Otra vez!... Ya veis que soy paciente, pero os ruego no abuséis. Excusaos ante la marquesa, leednos el contrato de boda, y buenas noches.

--¿Pero de qué he de echcucharme, y por qué echach buenach nochech?
¡Cualquiera diría que he cometido una torpecha, cheñor mío!

El marqués no le respondió una palabra; pero hizo señas a los criados que circulaban por el salón. Entreabrióse la puerta, y escuchose una voz que gritaba en la antecámara:

--¡La servidumbre del señor L'Ambert! Aturdido, confuso, fuera de sí, el pobre millonario salió haciendo reverencias en todas direcciones y no tardó en encontrarse en su carruaje, sin saber por qué ni cómo. Se golpeaba la frente, se arrancaba los cabellos y se pegaba pellizcos en los brazos para despertarse a sí mismo, por si, como creía, era juguete de un sueño. Pero no; no dormía; veía la hora que marcaba su reloj, leía los nombres de las calles, a la claridad de las luces del gas, y reconocía las muestras de los establecimientos. ¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho? ¿Qué conveniencias había violado? ¿Qué

inconveniencia o qué
majadería suya podía haber dado lugar a que le trat
asen de aquel modo?
Porque, en fin, la duda no era posible: en la casa
del señor de
Villemaurin lo habían puesto de patitas en la calle
. ¡Y el contrato de
matrimonio estaba allí, en su mano! ¡aquel contrato
redactado con tan
singular esmero, en tan brillante estilo, y cuya le
ctura no había sido
escuchada!

Sin haber podido dar con la solución a aquel proble
ma, encontrose en el
patio de su hotel. El rostro de su portero inspiró
le una idea luminosa.

--¡Chinguet!--gritó.

El escuálido Singuet no se hizo llamar otra vez.

--Chinguet, te daré chien francoch chi me dicheck l
a verdad; y chien
puntapiech chi me ocultach alguna cocha.

Singuet le miró con sorpresa, y sonrió con timidez.

--¡Chonríech, dechalmado! ¿por qué? ¡Contechta ench
eguida!

--¡Dios mío!--dijo el pobre diablo;--el señor dispe
nsará... que me haya
permitido... pero el señor imita perfectamente el a
cento de Romagné.

--¡El achento de Romagné! ¿quién? ¡yo! ¿Hablo como
un auvernech?

--Demasiado lo sabe el señor. Hace ya ocho días de
esto.

--¿Pero qué echtach dichiendo, pollino? ¿cómo he de chaber yo una cocha chemejante?

Singuet elevó los ojos al cielo, pensando que su amo se había vuelto loco; pero M. L'Ambert, aparte de aquel maldito acento, gozaba de la plenitud de todas sus facultades. Interrogó por separado a toda su servidumbre, y se persuadió de su desgracia.

--¡Ah, infame aguador!--exclamaba,--¡ah, criminal! Echtoy cheguro de que habrá hecho alguna majadería. Que vayan a buchcarle; pero no, que voy a buchcarle yo michmo.

Corrió a pie hasta la casa de su protegido, subió a saltos hasta el quinto piso, llamó sin lograr despertarle, y, enfurecido y colérico, no encontrando otro expediente, forzó a empujones la puerta de la habitación.

--¡Cheñor L'Ambert!--exclamó Romagné.

--¡Tunante de auvernech!--respondióle el notario.

--¡Cheñor mío!

--¡Chinvergüencha!

Ya eran dos a destrozar el idioma.

La discusión prolongose por espacio de más de un cuarto de hora, en medio de la mayor algarabía, sin que se aclarase el misterio. El uno se quejaba amargamente, como víctima; el otro se defen

día diciendo que era
inocente.

--Echpérame aquí--dijo, para acabar M. L'Ambert.--M.
. Bernier, el médico,
me dirá echta noche michma lo que hach hecho.

Despertó a M. Bernier, y le refirió, con la consabi
da che, cuanto le
había ocurrido aquella noche.

--Mucho ruido y pocas nueces--le contestó el doctor
, riendo de buena
gana.

--Romagné es inocente; la culpa es toda vuestra. Pe
rmanecisteis con la
cabeza descubierta a la salida de los Italianos: de
ahí procede todo el
mal. Padecéis un fuerte ataque de coriza, y habláis
por la nariz: por
eso os expresáis en auvernés. Esto es muy lógico. V
olved a vuestra casa,
aspirad bastante acónito, conservad los pies calien
tes y la cabeza
abrigada y, en lo sucesivo, adoptad toda clase de p
recauciones contra
los constipados, pues ya sabéis cuáles han de ser p
ara vos sus
consecuencias.

El desdichado notario regresó a su hotel maldiciend
o como un condenado.

--De manera--pensaba;--que mis precauciones resulta
n infructuosas. Por
mucho que me esmere en mantener y vigilar a ese bel
laco de aguador, me
jugará constantes trastadas, y seré siempre su víct
ima, sin poderle
acusar nunca de nada; ¿a qué entonces, tantos gasto
s? Se acabó: ya estoy

cansado: economizaré su pensión.

Y dicho y hecho. Al día siguiente, cuando el pobre Romagné vino, todavía aturdido, a cobrar la pensión de la semana, lo echó a la calle Singuet, y anuncie que no harían nada por él en lo sucesivo. Encogiose de hombros el auvernés, a fuer de hombre que, sin haber leído las epístolas de Horacio, practica el Nil admirari por instinto. Singuet, que lo quería bien, preguntole a qué pensaba dedicarse, contestándole él que buscaría trabajo. Al fin y al cabo, aquella forzada ociosidad le aburría demasiado.

M. L'Ambert sanó de su coriza y alegrose de haber borrado de su presupuesto la partida correspondiente a Romagné. Ningún otro accidente vino a interrumpir después el curso de su dicha. Hizo las paces con el marqués de Villemaurin y con toda su clientela del faubourg, a la que había escandalizado bastante. Libre de toda inquietud, pudo abandonarse, feliz, por la dulce pendiente que le conducía, sobre rosas, hacia la dote de la señorita Steimbourg. ¡Afortunado L'Ambert! le abrió su corazón de par en par, y mostrole los sentimientos legítimos y puros que lo llenaban por completo. La bella y avisada muchacha tendiole la mano a la inglesa, y le dijo con desparpajo:

--Negocio concluido. Mis padres están de acuerdo conmigo; ya os daré mis instrucciones para la canastilla de boda. Procuremos abreviar todas las

formalidades para poder marcharnos a Italia antes de que termine el invierno.

El amor prestole sus alas. Compró, sin regatear, la canastilla, encomendó a los tapiceros la tarea de alhajar el cuarto de su señora, encargó un coche nuevo, eligió dos caballos alazanes de la más rara belleza, y aligeró la publicación de las amonestaciones. El banquete de despedida de soltero que ofreció a sus camaradas, inscrito está con letras de oro en los fastos del Café Inglés. Sus amantes recibieron su postrer adiós, y sus correspondientes brazaletes, con mal contenida emoción.

Los partes de casamiento anunciaban que la bendición nupcial tendría efecto el día 3 de marzo, a la una en punto, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino. Inútil parece advertir que se había colgado el altar y se había engalanado el templo como en las bodas de primera categoría.

El día 3 de marzo, a las ocho de la mañana, despertose espontáneamente L'Ambert, sonrió satisfecho a los primeros rayos del sol que penetraron alegres por su entreabierta ventana, tomó el pañuelo de debajo de la almohada, y se lo llevó a la nariz a fin de esclarecer sus ideas. Pero el pañuelo de batista sólo encontró el vacío: la nariz ya no existía.

El notario fue de un salto a mirarse en el espejo. ¡Horror y maldición!

como dicen en las novelas de la antigua escuela. Se vio tan desfigurado como el día que volvió de Parthenay. Correr a su lecho, registrar cobertores y sábanas, mirar por detrás de la cama, sondar los colchones y el somier, sacudir los muebles próximos, y poner patas arriba cuanto cosa había en el cuarto, fue obra de pocos instantes.

¡Pero nada! ¡nada! ¡nada!

Colgose del cordón de la campanilla, pidió auxilio a sus criados y juró echarlos a todos, como a perros, si no encontraban la nariz. ¡Inútil amenaza! La nariz era más imposible de encontrar que la Cámara de 1816.

Dos horas transcurrieron en medio de la agitación, el desorden y el ruido.

Y entretanto, el señor de Steimbourg se vestía su levita gris con botones de oro; la señora de Steimbourg, en traje de gran gala, dirigía a dos doncellas y tres modistas, que iban y venían y giraban sin cesar en torno de la bella Irma. La blanca novia, embadurnada en polvos de arroz, como un pez antes de ser introducido en la sartén, temblaba de impaciencia y maltrataba a todo el mundo con admirable imparcialidad. Y el alcalde del distrito décimo, con su faja reglamentaria, paseábase por un gran salón vacío preparando una improvisación. Y los mendigos privilegiados de Santo Tomás de Aquino expulsaban a cajas destempladas a

dos o tres intrigantes, llegados de no sé dónde, con objeto de disputarles sus limosnas. Y M. Enrique Steimbourg, que mascaba un cigarro, hacía ya media hora, en el fumador de su padre, extrañábase de que su querido Alfredo no hubiese llegado aún.

Por fin perdió la paciencia, corrió a la calle de Sartine, y encontró a su futuro cuñado lleno de desesperación y de lágrimas. ¿Qué podía decirle, para consolarle, de semejante desgracia? Paseose largo rato en torno suyo, repitiendo sin cesar:

--¡Demonio! ¡demonio! ¡demonio!

Se hizo referir dos veces el fatal acontecimiento, e intercaló en la conversación algunas sentencias filosóficas.

¡Y el maldito cirujano sin venir! Habían ido a avisarle con urgencia, a su casa, al hospital, a todas partes. Llegó por fin, y comprendió a primera vista que Romagné había muerto.

--Lo sospechaba--exclamó el notario, llorando con mayor amargura, si es posible.--¡Bestia de Romagné! ¡Criminal!

Esta fue la oración fúnebre del desdichado auvernés.

--Y ahora, doctor, ¿qué haremos?

--Buscar otro Romagné, y repetir la operación; pero ya habéis experimentado los inconvenientes de este sistema, y, si queréis creerme, será mucho mejor que recurramos al método indio.

--¿A cortarme la piel de la frente? ¡eso jamás! Prefiero mandarme hacer una nariz de plata.

--Hoy día se fabrican bien elegantes, por cierto--dijo el doctor.

--Resta saber si la señorita Irma consentiría en dar su mano a un inválido con la nariz de plata. Enrique, amigo mío, ¿qué os parece?

Agachó Enrique Steimbourg la cabeza, y nada respondió. Fuese a comunicar la noticia a su familia y a recibir órdenes de su hermana. Irma adoptó un gesto heroico al saber la desgracia de su prometido.

--¿Os imagináis--exclamó,--que me caso con el notario por su cara? ¡Para eso me hubiera casado con mi primo Rodrigo, que, aunque menos rico, es mucho más guapo que él! Doy mi mano a M. L'Ambert porque es un hombre galante, que ocupa una posición envidiable en el gran mundo; por su carácter, sus caballos, su hotel, su talento, su sastrería; todo en él me agrada y me encanta. Por otra parte, ya estoy vestida de novia, y, de no verificarse el matrimonio, padecería mi reputación. Corramos a su casa, madre mía; ¡lo aceptaré tal cual es!

Pero cuando se halló presencia del mutilado, cesaron sus entusiasmos. Desplomose desmayada, y, cuando recobró el conocimiento, rompió a llorar copiosamente.

En medio de sus sollozos, oyose un grito que parecí
a partir de lo más
profundo del alma:

--¡Oh, Rodrigo!--exclamó,--¡que injusta he sido con
tigo!

M. L'Ambert permaneció soltero. Hízose fabricar una
nariz de plata
esmaltada, cedió su bufete a su oficial mayor, y co
mpró una casita, de
modesta apariencia, cerca de los Inválidos. Algunos
buenos amigos
alegraron su morada. Proveyose de una bodega abunda
nte y bien surtida, y
se consoló como pudo. Las botellas más preciadas de
Château-Yquen, y las
mejores cosechas de la hacienda Vougeot son para él
.

--Poseo un privilegio sobre todos los demás hombres
--suele decir a
veces, bromeando;--¡puedo beber cuanto me venga en
gana sin que se me
enrojee la nariz!

Ha permanecido fiel siempre a sus principios políti
cos: lee los buenos
periódicos, y hace votos por el triunfo de Chiavone
; pero no le envía
dinero. El placer de amontonar luises le produce un
a dicha incalculable.
Vive entre dos vinos y entre dos millones.

Una noche de la semana pasada, en que caminaba desp
acio, con el bastón
en la mano, por una de las aceras de la calle de Eb
lé, lanzó
inopinadamente un grito de sorpresa. ¡La sombra de
Romagné, vestido de
pana azul, habíase erguido ante él!

¿Era realmente su sombra? Las sombras no llevan nada, y ésta llevaba una cesta en la extremidad de un palo.

--¡Romagné!--gritole el notario.

El otro levantó la mirada, y respondió con su voz reposada y tranquila:

--¡Buenach nochech, cheñor L'Ambert!

--¡Hablas, luego vives!--dijo éste.

--Chiertamente que vivo.

--¡Miserable!... ¿qué has hecho de mi nariz?

Y, mientras se expresaba de este modo, habíale agarrado por el cuello, y lo sacudía bruscamente.

El auvernés desasiose con trabajo, y le dijo:

--¡Dejadme, por piedad, que no puedo defenderme! ¿No obchervaich que choy manco? Cuando me chuprimichteich la penchión, coloquéme en el taller de un mecánico, y hube de dejarme el brazo tomado en un engranaje!

FIN

End of the Project Gutenberg EBook of La nariz de un notario, by Edmond About

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA NARIZ DE UN NOTARIO ***

***** This file should be named 26404-8.txt or 26404-8.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/6/4/0/26404/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at DP Europe (<http://dp.rastko.net>)

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do

practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works

in your possession.
If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative

works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently

whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (a ny work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which t he phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, p erformed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it , give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm elect ronic work is derived from the public domain (does not contain a notice i ndicating that it is posted with permission of the copyright holder), th e work can be copied and distributed to anyone in the United States with out paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of t he work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in para graphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm elect ronic work is posted with the permission of the copyright holder, your u se and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E. 7 and any additional

terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other

form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a

user who notifies

you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he

does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm

License. You must require such a user to return or

destroy all copies of the works possessed in a physical medium

and discontinue all use of and all access to other copies of

Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any

money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the

electronic work is discovered and reported to you within 90 days

of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free

distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm

electronic work or group of works on different terms than are set

forth in this agreement, you must obtain permission in writing from

both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael

Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the

Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable

effort to identify, do copyright research on, trans

cribe and proofread
public domain works in creating the Project Gutenbe
rg-tm
collection. Despite these efforts, Project Gutenbe
rg-tm electronic
works, and the medium on which they may be stored,
may contain
"Defects," such as, but not limited to, incomplete,
inaccurate or
corrupt data, transcription errors, a copyright or
other intellectual
property infringement, a defective or damaged disk
or other medium, a
computer virus, or computer codes that damage or ca
nnot be read by
your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - E
xcept for the "Right
of Replacement or Refund" described in paragraph 1.
F.3, the Project
Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of
the Project
Gutenberg-tm trademark, and any other party distrib
uting a Project
Gutenberg-tm electronic work under this agreement,
disclaim all
liability to you for damages, costs and expenses, i
ncluding legal
fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGL
IGENCE, STRICT
LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT
EXCEPT THOSE
PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUND
ATION, THE
TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGR
EEMENT WILL NOT BE
LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQU
ENTIAL, PUNITIVE OR
INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE P
OSSIBILITY OF SUCH
DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be

interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455

7 Melan Dr. S.
Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and

d it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could

be freely shared
with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project
Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed
editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S.
unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily
keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm,
including how to make donations to the Project Gutenberg Literary
Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to
subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.